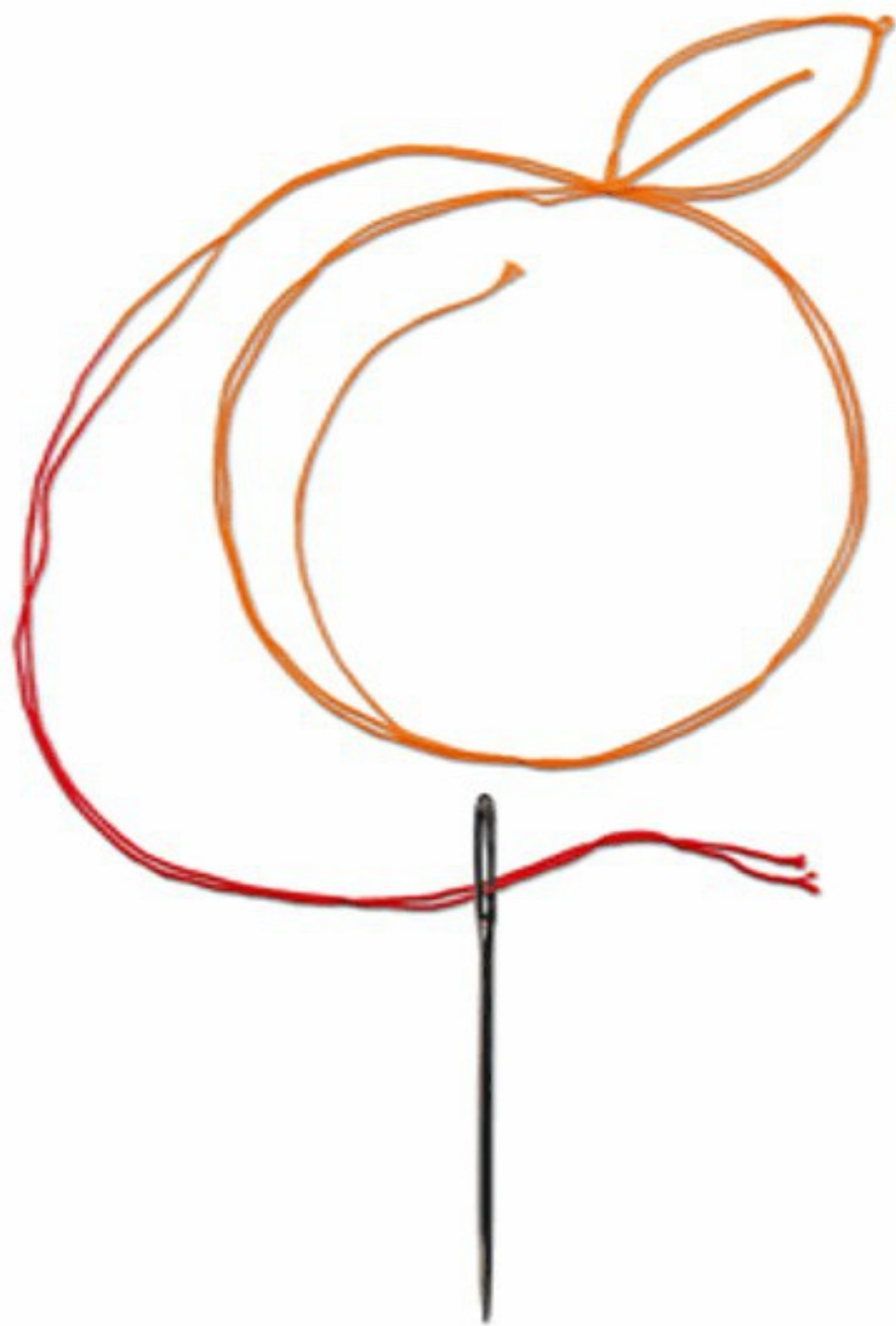


# EMMA GLASS

## Peach

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU

narrativa **sexto** piso



# PEACH

EMMA GLASS

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU



Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Peach*

Copyright © EMMA GLASS, 2018  
Publicada por acuerdo con BLOOMSBURY PUBLISHING PLC, Londres,  
2018

Primera edición: 2019

Traducción  
© MARIANO PEYROU

Imagen de portada  
© EMMA EW BANK

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

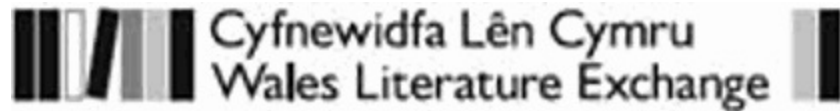
Diseño  
Estudio Joaquín Gallego

eISBN: 9788417517366

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

Published with the support of a Wales Literature Exchange translation award  
through Arts Council of Wales National Lottery Funding



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea.  
Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La  
Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí  
difundida.



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea

## NOTA DEL TRADUCTOR

Como el lector podrá apreciar, en el onírico y distorsionado universo de *Peach*, los personajes encarnan las características físicas de sus nombres. Así ocurre con la propia Peach, «melocotón», o con su novio Green -continuamente equiparado con un árbol, con el mundo vegetal-, con Sandy -«arenoso»-, con Hair Netty -una chica totalmente recubierta de pelo-, y como ocurre también, quizá en el caso más llamativo, con el señor Custard -«señor Natillas»-, que es una natilla viviente intentando cuajar en una forma humana sin lograrlo nunca del todo, sin olvidarnos de Lincoln, la némesis de Peach, que es un ser continuamente asociado a las salchichas (aquí cabría señalar que en la población británica de Lincoln, conocida por sus salchichas, se celebra cada año una famosa competición para elegir la mejor de todas, y que la salchicha de Lincolnshire es una variedad de salchicha muy apreciada y reputada). Etcétera, etcetera.

Para mi familia



## **COSER Y CANTAR**

La lana lamiendo las heridas, la lana gruesa andrajosa pegajosa cosiendo mientras ando los cortes de mi mano enguantada contra la pared. Ladrillos rugosos y rojos desgarrando la lana. Desgarrando la piel. Piel rugosa y roja. Cabeza rugosa y roja. Saco la mano del guante mullido y hago un gesto de dolor cuando los hilos rasgados se enganchan en los rasguños de mis nudillos. Está muy oscuro. La sangre es negra. Seca. Las rajadas chirrían al rajarse. El olor a grasa achicharrada me obstruye los orificios nasales. Me llevo la mano a la cara para limpiarme la grasa. Se me aferra a la lengua, se me arrastra por la boca, me resbala sobre los dientes, las mejillas, me gotea por la garganta. Tengo náuseas. La náusea es rosa a la luz de la luna. Carnosa. Grasienta. Me apoyo contra la pared y cierro los ojos. Trago con fuerza. Noto el sabor de la carne. Carnosa. Tengo náuseas de nuevo. Parpadeo. Destellos rosas. Regreso al negro. Mi cuerpo zumba contra los ladrillos. Veo todo negro. Un negro grueso. Graso. Tengo los párpados gruesos. Hinchados. Hinchados y negros por el guantazo. Ahogados en la grasa de sus dedos viscosos y resbaladizos como salchichas. Sus órdenes rechinan en mis oídos achicharrados. Cierra los ojos. Ciérralos fuerte. Como está cerrado tu... Ciérralos. Ciérralos. Ciérralos.

Lo veo todo negro. Su boca negra. Tiene un tajo en la piel. Abierto. Boquiabierto. Negro quemado. Carne quemada. Y su fuerte aliento a carbón se me aferra a la piel. Me asfixia. Las lágrimas resbalan sobre la grasa y gravitan en mi cara. Mi cuerpo zumba. Tengo que irme a casa pero me duele al andar. Me toco entre las piernas y noto la sangre y la grasa. Tengo náuseas. Me limpio la boca en la manga, me llevo el guante a la boca y trato de triturar la lana con los dientes. Corro. No llego muy lejos. Me duele demasiado. Trato de triturar la lana con más fuerza. Ojalá fuera acero. Miro hacia atrás. Las náuseas corren detrás de mí, envueltas en lazos. Ríos rosas y resplandecientes.



Ojalá llueva.

Entro a hurtadillas. No abro la puerta del todo. Sigue chirriando. Me van a oír. Me acorralarán en el pasillo. Me harán preguntas. Él no me va a preguntar por la sangre. Ella no me preguntará por los desgarrones de la ropa. Me dirá que me sienta bien el tono rosa de mis mejillas. Él me dará un beso en la cabeza y dirá que la cena es a las siete. Trago un bocado de náuseas y subo a hurtadillas las escaleras mientras sigo mordisqueando el guante.

En el baño, me meto bajo la ducha y abro el grifo. No me quito la ropa. El agua caliente me escuece. Me arde la piel. Me muerdo el labio. La ropa se me aferra a la piel y me arde arde arde mientras me desnudo. Me la quito y la lanzo fuera. Tela gruesa. Empapada de sangre y grasa y agua. La ropa choca contra la pared de la bañera y cae fuera. El agua corre roja. Negra y roja. Sobre todo roja. Me lavo con lentitud. Con los dedos. Mucho jabón. Demasiado jabón. Me froto. Me duele. A través de la espuma, veo cómo se sumergen y se ahogan mis lágrimas, cómo se marchan por el desagüe. Quiero seguir las, largarme con ellas. Sumergirme y ahogarme. Largarme a hurtadillas. Al calor. A la oscuridad. Me siento en la bañera. Pongo el tapón. Cierro los ojos.

Abro los ojos cuando el agua me anega los orificios nasales. Me enrolló la cadena en los dedos de los pies y tiro hasta que el tapón sale y deja de obturar la salida del agua para que la bañera no se llene entera. Observo los cúmulos de grasa que flotan en el agua. Blancos. Remolinos. Flotando. Con lentitud. Sin vergüenza. Disfrutando del agua. Es mi agua. Permito que mi cara dolorida esboce una leve sonrisa cuando el agujero se los traga. No es mi agujero.

Me lleva mucho tiempo ponerme de pie. Tengo las piernas hinchadas y no las puedo doblar. Me apoyo sobre el borde de la bañera y saco el cuerpo del agua. Me crujen los huesos. Me estrujo la cara, cierro los ojos muy fuerte, aprieto los labios para que no se me escapen los gritos. Me quedo de pie bajo la ducha y empiezo a restregarme. Ahora el agua sale fría. No me importa. Tengo que limpiarme. Tengo que frotarme la piel hasta sacarme todo el rojo. Restregarme hasta sacarme la grasa. Se me resbala el jabón. Frío. Las gotas me pinchan la piel, me pellizcan, la atraviesan con rapidez, impactan contra mis huesos. La sangre roja se vuelve azul. Los huesos zumban y se quedan quietos. Estoy entumecida. Cierro el grifo de la ducha. Cojo la toalla. Salgo de la bañera. No se siente mullida la toalla contra mi piel. No se siente caliente.

No se siente. No siento.

Ando en silencio por el pasillo. Abro en silencio la puerta de mi cuarto. Cierro en silencio la puerta de mi cuarto. Pero ya es tarde. Me oyen. Suben con rapidez las escaleras. Se pisan entre ellos. Retuercen la barandilla. La puerta no tiene cerrojo. Me apoyo contra ella. Ellos arrojan sus cuerpos contra el marco. La puerta se abre de repente y yo salgo volando. Choco contra la pared. Se me cae la toalla. Cuatro ojos. Grandes. Azules. Vidriosos. Abiertos. Enormes. Mirando. Mamá saca a papá de la habitación con un empujón. Él tose. Perdona, Peach, me dice. Nos lo tendrías que haber dicho. Vete abajo, por favor, papá, dice mamá. Oímos cómo baja lentamente las escaleras. Me enrolló la toalla y me siento en la cama. Mamá se sienta a mi lado. Has entrado a hurtadillas y te has escabullido escaleras arriba, dice mamá. No te oímos entrar. Sus ojos son grandes y vidriosos y me veo los hombros desnudos y enclenques reflejados en sus pupilas palpitantes. Sus ojos recorren mi rostro y mi cuerpo y ella sonríe. Sus sonrisa es rosa y le ocupa casi todo el rostro. Entré en silencio porque no quería despertar al bebé. Pensé que estaría durmiendo, digo. Qué buena chica eres, Peach, dice ella. Se acaba de dormir. Buena chica. Me acaricia el pelo mojado. ¿Qué quieres cenar?, dice. No tengo hambre, mamá, le digo, bajando la vista. Vamos, no seas tonta. Voy a preparar pasta con albóndigas para mí y para papá. ¿Te hago también para ti pero en vez de albóndigas te pongo unas verduras en la salsa? Tengo unos maíces baby que están buenísimos. Se relame y asiente con la cabeza y los ojos le recorren el rostro. No quiero nada, mamá, de verdad. Levanto la vista para ver si ha reparado en el charco rojo que está empapando la toalla. Chof. Manchando la moqueta. Ella parpadea sincronizada con las gotas. Bueno, haré para ti también por si luego te da hambre. Me planta un beso en la cabeza. Pareces un poco pachucha, Peach. Me pellizca las mejillas con sus dedos ganchudos. Se levanta y se escabulle de la habitación. Se da la vuelta y me sonríe antes de cerrar la puerta. Sus labios se parecen a la carne que vomité hace un rato.

Bajo el espejo de su estante. Extiendo la toalla en el suelo y me siento con la espalda contra la puerta. Abro las piernas con lentitud y me meto el espejo entre los muslos. Me tapo la boca con la mano para tratar de detener las náuseas. Uso la otra mano para tocarme. La piel está cortada. Rajada. Sajada. Con dos dedos temblorosos toco la piel cortada, trato de juntar lo rajado. La sangre gotea con delicadeza. Miro el espejo con más atención. Me manan

lágrimas de los ojos, me chorrean en el vientre, fluyen hacia lo rojo. Ríos minúsculos. Lazos minúsculos. Serpientes sedosas. Piel desgarrada. Manchada de escarlata. Tengo que detener la hemorragia. Me echo hacia delante y me agarro a la pata del escritorio que tengo delante y logro incorporarme. Logro encontrar una caja de clínex y saco uno y me lo pongo entre las piernas. Me pongo una bata. Me pongo las zapatillas de andar por casa y bajo las escaleras a hurtadillas. Mamá está en la cocina. Cocinando. Huele a carne. Ternera. Ardiendo. Noto el aliento de él en los orificios nasales. Humo intenso. Asfixiante. Trago.

¿Todavía no te has vestido?, dice mamá. No. Tengo que coser un agujero que se me ha hecho en los vaqueros, le digo. ¿Ésos todos costrosos? Tíralos a la basura, Peach. Esta semana podremos ir al centro a comprarte unos nuevos. Me da un pellizco en el culo cuando paso a su lado. Abro el armario que hay debajo del fregadero y saco el costurero. También tengo que coser otras cosas, digo. Ella chasquea la lengua y le da un lametazo a la cuchara llena de salsa. Paso a su lado y subo las escaleras corriendo. Se me ha olvidado el hielo. Vuelvo a bajar las escaleras a toda prisa. Busco en el congelador y encuentro la cubitera. Demasiado movimiento. La sangre me gotea por la pierna. Mamá no se da cuenta. Sid entra con sigilo. El ruido de sus patas contra el suelo impide que se oiga el goteo. Enrolla su cuerpo alrededor de mis piernas. Noto la suavidad de su pelo. Veo manchas rojas en su pelo. Desenredo las piernas de su cuerpo peludo y lo dejo lamiéndose las manchas.

Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo contra ella. Miro a mi alrededor. No sé qué estoy buscando. Recojo la toalla y la vuelvo a extender en el mismo lugar. Me saco el clínex empapado de entre las piernas y lo tiro a la basura. Busco un hilo de color rosa o melocotón en el costurero. No encuentro ninguno. Uso el blanco. Enhebro una aguja. Tardo un montón de tiempo. Me siguen temblando los dedos. Hago dos nudos. Tres. Cuatro. Con eso basta. Golpeo la cubitera contra el escritorio. Con fuerza. Los cubitos de hielo saltan por el aire. Me caben tres en la boca. Me siento sobre la toalla. Abro las piernas. Coloco el espejo. Ay. Cojo un cubito de hielo y me lo aprieto contra la piel. Ay. Frío. Ay. Me lo deslizo por la... Frío. Ay qué frío. Presiono el hielo contra el corte. Lo sujeto ahí. El agua me gotea por los dedos. El frío es reconfortante. Espero hasta que se derrite el cubito de hielo. El cubito de hielo que tengo en la boca todavía no se ha derretido. Me veo los

labios hinchados y azules en el espejo. Inflamados. Duros como una piedra. Parece que se me van a caer de la cara. Miro hacia abajo. Ay. La raja está más pequeña. Todavía abierta. Cojo la aguja. Junto la piel fría con dos dedos. Tiro del hilo. Chupo el hielo. Apunto la aguja. La clavo con fuerza. Paro. Arañazo. Me araña. Gato. Ahora no. Arañazo. Ahora no, Sid. Me araña. Quiero que se vaya. Para de arañarme. Espero. Se ha ido. Empiezo. Clavo la aguja en mi piel. Empiezo a coser. No duele. Pero sangra. El hilo blanco se vuelve rojo. Cuerda roja. Entrando. Saliendo. Tiro. Estiro. Pincho y estiro. Dentro. Fuera. Fuera. Fuera. Fuera de foco.

¡Peach! El chillido me hace abrir los ojos. ¡Peach! ¡La cena ya está lista! Baja por favor. Mamá está de pie al pie de la escalera. Oigo a papá escabullirse en la cocina, arrastrar su silla sobre las baldosas, sentarse. Cojo las tijeras. Corto. Se ha detenido la hemorragia. Miro por toda la habitación. Estoy buscando ropa. Encuentro un pijama. Me van a preguntar por qué, diré que tengo sueño. Doblo la toalla y la meto en la basura. Ya guardaré el costurero luego.

Abro la puerta de la cocina y echo un vistazo. Me sonrío atolondradamente. Ojos grandes. Grandes. Mirando fijo. Hago un esfuerzo y sonrío. Me siento al lado de papá. En el plato, delante de mí, verduras. Verdes y amarillas. Pasta. De un amarillo clarito. Colores. No hay nada rosa. Tengo hambre. Qué buena pinta, le digo a mamá. Ella sonrío. Observa. Quiere verme comer. Así que como. Con lentitud. Corto el maíz en trozos. Corto las judías. Enrollo la pasta en el tenedor. La retuerzo. Y para adentro. Mastico. Papá se mete los espaguetis en la sonrisa. No noto el olor de su comida. Comemos. Estoy llena. Bebo agua. Noto cómo se asienta sobre la comida que tengo en la barriga. Gira y vira dentro de mi estómago cuando me levanto y me voy a la habitación de al lado. El bebé está durmiendo, dice mamá. No hagas ruido. Abro la puerta en silencio, con cuidado. En la penumbra, apenas alumbrada una cálida luz amarilla. La cuna está en la esquina. El bebé está sentado. Me sonrío. Gran sonrisa. Más grande que las de mamá y papá. Se agarra a las barras con sus brazos inseguros. Suelta una risita, la piel se le agita cuando me acerco, sonriendo. Me toco la cara con los dedos. Labios curvados. Sonrisa. Estoy sonriendo. Extiendo los brazos hacia el bebé. Él intenta levantarse pero tiene unas piernas de gelatina. Se bambolea, se tambalea y se desploma. Su llanto vuela por el aire y se me clava en el corazón. Lo saco de la cuna, lo

aprieto con fuerza contra mi pecho. Le beso la cabeza. Me lamo el azúcar glas que me queda en los labios. Su rostro rojo parece aún más rojo en la penumbra. Lo mezo con lentitud de un lado a otro hasta que amaina su llanto. Le hago cosquillas en las mejillas vibrantes. Cierra la boca abierta y vuelve a sonreírme. Voy con él hasta el sofá y me siento. Delante del fuego se está bastante caliente. Él está radiante. Hola, bebé, le digo con ternura. Su espalda se me pega a la piel donde el azúcar glas se ha borrado. Su cuerpo vibra entre mis brazos. Piel vibrante. Pegajosa. Gelatina gelatinosa. Bebé gelatinoso. Bebé. Gorjea. Le hago cosquillas en la panza gelatinosa. Me veo el brazo a través de su cuerpo transparente. Pesa. Cambio de posición. Le quito el brazo de la espalda. Me lo tumbo en el regazo. Me noto el brazo caliente. Me lo froto hasta que quito lo rojo pegajoso. El bebé se está derritiendo. Soy una idiota. Lo cojo en brazos y lo llevo a la mesa. Lo dejo sentado sobre la alfombra, le pongo unos almohadones detrás de la espalda, cojo el bote del azúcar glas. La alfombra se le pega a la espalda cuando trato de darle la vuelta. Le quito el plástico. Le tiemblan los labios. Va a llorar. Shhh, bebé, shhh. Shhh, bebé, digo. Le acaricio la espalda. Moldeo la gelatina. Lo rocío con azúcar. Shhh. Peach es tonta, digo, ¿verdad? ¿A que Peach es tonta? Él se ríe y gorjea. Yo todavía estoy sonriendo. Todavía estoy rociándolo. Lo levanto de la alfombra y observo cómo el azúcar sobrante cae de él. Lo bamboleo con fuerza y él se ríe. Está como nuevo. Mamá y papá abren la puerta con fuerza y entran. Se quedan de pie y nos observan. Sus sonrisas se agrandan a la vez. Entran enérgicamente y se sientan juntos. Se cogen de la mano. Cojo al bebé, me lo aprieto contra el pecho y lo mezo con suavidad. Su cuerpo gelatinoso se menea. ¿Ves?, dice papá. Sólo tienes que acostumbrarte a él y ya está. Sabemos que para ti ha sido una sorpresa, Peach, dice mamá. Pero te va a venir muy bien tener un hermanito. Mezo al bebé. Miro a mamá. Tiene los ojos muy grandes. Muy azules. La panza le asoma por encima de los pantalones. Sólo un poco. Está perdiendo el peso que ganó durante el embarazo. Ha tenido relaciones sexuales. Me ve mirándola, se baja el jersey. Me saca la lengua. Papá sonríe. Será un buen entrenamiento, dice. ¿Para qué? Noto cómo se me arruga la frente. Para cuando Green y tú tengáis hijos. ¿Para cuando qué?, digo. Dejo de mecer al bebé. Vamos, Peach, sabemos lo que está pasando. Somos tus padres. No hemos nacido ayer. Sabemos que habéis estado... ya sabes, dice papá. El bebé se retuerce entre mis brazos. Se lo paso a mamá. No, papá. Me parece que no lo sé. Soy demasiado joven para tener hijos, digo,

despatarrándome en el sillón, junto al fuego. ¡Pero el bebé tendrá con quien jugar! Mamá pega un brinco y casi suelta al bebé. Papá sube y baja la cabeza con entusiasmo. Vamos, dice mamá. Green es un chico encantador. Hacéis una pareja monísima. Y el sexo parece estupendo, por lo que se oye, dice papá. Se me pone la cara roja como la del bebé. No me la veo. Pero me la noto caliente. Giro la cara hacia el fuego. Ardo con el fuego. Mamá suelta una risita y le pellizca la mejilla a papá. No pasa nada, Peach. El sexo es algo bueno. Mamá y yo lo hacemos todo el tiempo. Ahora acabamos de hacerlo sobre la mesa de la cocina. Es la naturaleza humana, Peach, no debes avergonzarte. Green es un chaval con suerte. La mayoría de las chicas no se dejan hasta que se casan. Pero nuestra Peach no es así. Y estamos muy orgullosos de ti. Está muy bien coger experiencia, y bueno, si tienes la suerte de tener un bebé, mejor todavía. Me tapo el rostro con las manos. Quiero llorar. Ese tal Green parece mayor. Estoy segura de que os lo pasáis genial, dice mamá. Sigue con la lengua fuera de la boca cuando la miro separando un poco los dedos. Gira la cabeza y le mete la lengua a papá en la boca. No puedo ver esto. Le quito el bebé a mamá, le beso la cabeza y lo dejo de nuevo en su cuna. Él se queda ahí sentado, retorciéndose y riéndose, mirando cómo mamá y papá se revuelcan sobre el sofá. Besándose. Mordiéndose. Con los ojos enormes. Mamá me hace un gesto con la mano. No puedo ver esto. Salgo de la habitación con rapidez. En silencio. Escaleras arriba. Cierro la puerta de mi habitación. Me dejo caer en la cama. Agotada.

Me quedo tumbada con una mano sobre el estómago. Lo noto hinchado. Lleno. Cierro los ojos y pienso en Green. Mi precioso Green. Ojalá estuviera aquí. Tumbado a mi lado. Poniéndome la mano sobre el estómago. Los labios en el cuello. Me siento llena. Muy llena. He comido demasiado. Debo de haber comido demasiado. Me imagino que la comida es un feto. ¿Qué haría? Peach y Green. Con un bebé. Mamá y papá entrarían en éxtasis. El bebé tendría alguien con quien jugar. El bebé tendrá alguien con quien jugar, de todos modos, si mamá y papá no dejan de tener relaciones sexuales cada seis segundos. Yo soy demasiado joven para tener un bebé. Green me dejaría. No, no me dejaría. Pero le daría miedo. A mí me daría miedo. He estado a punto de derretir a mi hermano. Si mi bebé también fuera de gelatina, no tendría ninguna posibilidad.

Me gusta esta sensación de estar llena. Me froto el estómago. Lleno.

Firme. Me desabrocho la camisa, me quito el pijama. Tengo sobre la piel unas líneas de luz naranja de la farola. Sigo las líneas con los dedos. Unas extrañas sombras rompen las líneas de luz. Oscilando sobre mi piel. Naranja. Roto con negro. Vuelve a oscilar hacia el naranja. Me incorporo. Hay destellos naranjas por toda la habitación. Voy hasta la ventana. Tengo que apoyarme en el alféizar para mantener el equilibrio cuando lo veo oscilar, tambalearse bajo la luz de la farola. Se apoya en ella con esos dedos viscosos que parecen salchichas. Se tambalea. Salchichas que cuelgan. *Tengo que cerrar los ojos. Tengo que abrir los ojos.* Su cuerpo largo y grueso se tambalea, se balancea hacia atrás y hacia delante. Hacia atrás. Y. Hacia delante. Se balancea. Salchichas que se balancean. Brazos cilíndricos que se balancean. *Tengo que parpadear con fuerza.* Grueso. Gordo. Tiene la boca abierta. Veo el humo que se derrama desde el tajo de su rostro. En su rostro. Su rostro. No tiene rostro. Agujeros practicados en la piel del extremo superior de su cuerpo, una especie de cuerpo, donde debería estar su rostro. Agujeros profundos. Negros. Y un poco más abajo un tajo ardiente. *Tengo que aferrarme al alféizar.* Tengo miedo. *Me froto los ojos. Lo veo.* Se tambalea, se balancea bajo la farola. Me hace un gesto con su brazo de salchicha. Agita sus dedos como salchichas. Piel grasienta y reluciente bajo la luz naranja. Piernas largas que parecen salchichas deslizándose sobre la acera. Grueso. Gordo. Se tambalea. Sigue tambaleándose. Se tambalea.

# CÓMO COMER

Entran los rayos por la ventana y me raspan los ojos hasta que los abro. Los cierro. La luz se filtra a través de las persianas. Suben. Estoy tirada en el suelo, mirando el techo. Me duele la cabeza. Me duele el cuello. Tengo la mejilla húmeda por los pequeños lametones de la lengua rosa de Sid. Ronronea y parece reptar arrastrando sus pequeñas zarpas, arañando la alfombra, lamiéndome y mirándome la cara. Le acaricio la cabeza y me incorporo. Se me dobla el estómago bajo los pechos y bajo la mano y me froto los michelines. Se extienden sobre mi estómago, semejantes a salchichas. Hinchados. Doloridos. Inmóviles. Me levanto. Sid me roza las espinillas y da un salto y se instala en el alféizar. La noche de ayer se extiende ante mí. Una imagen, perfectamente enmarcada por las cortinas sin correr. El cielo oscuro, el hombre tambaleante, parecido a una salchicha. Cierro las cortinas con rapidez. La luz del sol las atraviesa. Me siento tonta. Las abro. El cielo está azul, claro, no es de noche. Soy tonta. No hay ningún hombre semejante a una salchicha. Me doy la vuelta y me estiro. Me suenan los huesos. Me quedo quieta en esa postura. Estiro los brazos por encima de la cabeza y bajo la vista y me miro el estómago asomando. Me encojo de hombros. Hora de vestirse para ir a la facultad. Abro el armario y saco unos vaqueros. Los holgados que tengo que ponerme con cinturón. Me quito el pijama, cojo unas bragas, me las pongo. Primero los calcetines. Tengo los dedos de los pies fríos. Después los vaqueros. Me los subo. Me los abrocho. No me los puedo abrochar. Meto tripa. Siempre me quedan grandes, siempre tengo que ponerme un cinturón. Vuelvo a meter tripa yuerzo la cremallera. Sube. Pero me ha costado. Mi panza presiona a los lados. Cojo un jersey que me generará sudor, que me esconda el estómago hundido. Miro mi figura despatarrada en el espejo. Arrugo la nariz. Asco. Servirá. Me peino el pelo rubio y revuelto, revuelto



porque me dormí con el pelo mojado y se me ha rizado y enredado, así que me hago un moño encima de la cabeza. Un nudo. Me ato también un lazo para que parezca que es aposta.

Hora del cepillo de dientes. Trauma al lavármelos. Hay un espejo encima del lavabo con una lámpara pequeña y una bombilla naranja que hace que todo parezca rosa. Pillo el cepillo y echo un chorro de pasta y me pongo las cerdas sobre la lengua y la saboreo. Sabe a menta. Me froto la lengua y noto un hormiguelo. Restriego e irriego. Me irriego la boca y observo cómo al contacto con el agua se forma una espuma blanca que se derrama, y a la pálida luz de la lámpara parece rosa, rosa pálido, no blanca. Hago una mueca y muestro los dientes para ver si ya están limpios, pero parecen rosa y están cubiertos de pasta así que irriego más y logro que brillen. Cierro la boca y me irriego la cara y me aprieto las manchas oscuras que tengo bajo los ojos. Peach: melocotón. Un melocotón con tantas manchas. Incluso a la luz tengo la piel gris y sin brillo. Sin brillo. Tengo que irme. Levanto la tapa y me bajo la cremallera de los vaqueros, me bajo las bragas y me siento en la taza. Corre el agua. Duele. Arde. Me muerdo el labio para evitar gritar. Y cuando me limpio, hay sangre. Me subo la cremallera y tiro de la cadena. Me levanto y me apoyo en el lavabo con las dos manos para mantener el equilibrio. Abro el grifo y dejo correr el agua, cierro los ojos y me irriego el rostro. Debería olvidar. Voy a olvidar. Me pellizco las mejillas y suspiro. Lo voy a intentar.

Peach, hay una carta para ti, dice papá. Qué emocionante. Tomo un trago de zumo de naranja y extendiendo la mano. Papá me tira del pulgar y después me deposita la carta en la palma. Una carta de amor, ¿verdad? Me guiña un ojo. Yo pongo los ojos en blanco y tomo más zumo. Voy a por el abrecartas, dice. No, no hace falta, digo yo, y mi pulgar penetra por debajo del sello. Él me aparta el pulgar y abre el sobre con su hoja de bronce. Ya está. Saco el papel. Una sola hoja. La desdoblo. Tiene una textura viscosa. La desdoblo. Otra vez. La extendiendo sobre la mesa y trato de alisar las arrugas. Me noto los dedos grasientos. Me los acerco a la nariz. Los huelo. Carne. Huelen a salchicha. Miro la hoja. Palabras recortadas del periódico. La doblo en dos con rapidez para que mamá y papá no la vean. Papá está dándole azúcar al bebé con una cucharita. El bebé gorjea. Sentado en su trona, agita sus piernitas. Disfruta. Mamá mastica una tostada y lee el periódico. Doblo la carta y me la guardo en el bolsillo. Me tomo el resto del zumo. Ya me voy, digo. Espera, dice papá.

¿Qué decía la carta? Nada, es Green haciendo el tonto, digo. Sonrío. Papá se acerca a mamá y le da un beso en la mejilla. ¿Te acuerdas de cuando te escribí una carta?, pregunta. Mamá lo mira y sonrío. Asiente y frunce los labios. Pone morritos hasta que él la besa. Eso me vuelve loco, dice él, y baja con la boca y la besa en el cuello. Me voy, vuelvo a decir, y le doy un golpe al sobre, y lo meto en mi mochila, y me la cuelgo del hombro, y me acerco al bebé, y le beso la cabeza gelatinosa, y me lamo el azúcar que me queda en los labios y me largo por la puerta abierta.

Dejo la mochila en el suelo, me pongo el abrigo. Hace frío. Me busco los guantes en los bolsillos pero no están. Me coloco en los hombros la mochila y me meto las manos en los bolsillos. Me encuentro con la hoja de papel y la saco. La grasa brilla al sol y la levanto para verla mejor. Palabras recortadas del periódico. Pegadas. Con. Olisqueo. Un olor viscoso. A salchicha. Aceitoso. Huele. Fuerte. Y dice:

Peach. No vuelvas a huir de mí. Con cariño, Lincoln.

Con cariño. Lincoln. Lincoln. Tiene nombre. Y me tiene cariño. Doblo la hoja en dos, en cuatro, me la meto en el bolsillo y me pregunto cómo habrá conseguido emplear unas tijeras con sus dedos de sádico, gordos como salchichas. Me estremezco y me sacudo su sombra de los hombros. Voy a concentrarme y voy a olvidar y voy a pensar en Green.

## SOLA AL SOL

Me siento al sol y levanto la vista al cielo y cuento las nubes. La primera es un desayuno. La segunda es un dios. La tercera son unos tés. La cuarta. Me duelen los ojos de tanto mirar. Bajo la vista al suelo gris. Una sombra impide que el sol me dé en la cara. Sus dedos delgados como ramitas me rozan la mejilla. Huelen a cigarrillos y a primavera. Me refugio del sol junto a su pecho y escondo el rostro en su jersey marrón. Absorbo el aroma a lima y hojas mojadas. Levanto la cabeza y rozo con mis labios su sonrisa de madera. Se raja y se convierte en un beso. Dejo que la barba de varios días que le crece en la barbilla me raspe la piel. Hoy me he afeitado y todo, dice, y sus labios húmedos siguen besándome. Y todo, repito, y le doy un beso en la mejilla, y tiro de él para que se siente en el asiento. Me siento y deslizo mis dedos entre sus dedos. Cierra de repente la mano en torno a mi mano y me siento segura. Apoyo la cabeza contra su brazo. No llego a su hombro. ¿Tienes sueño, mi dulce Peach?, me pregunta. Salen sonidos suaves de su garganta gruesa, caen desde su boca y descienden flotando por el aire. Los oigo mientras descienden. Sí, digo. Y falta un largo día hasta que pueda irme a dormir de nuevo. Suelto un pequeño bostezo. Green estudia los rasguños que tengo en los puños. Te has hecho daño, me dice con rostro huraño. Me paso los dedos sobre la sangre seca. Debería contárselo. Me caí. Anoche. En la oscuridad, le digo. Él me besa los cortes. Siento no haber estado contigo, me dice. Debería contárselo. Y no me llamaste al llegar a casa. Me besa en la boca y noto un sabor a ramitas. Sus ojos castaños echan raíces en los míos. Lo siento, tartamudeo. Estaba preocupado, me dice. El corazón me golpea contra la caja torácica. Con fuerza. Espero que no lo oiga. Estaba preocupado. Ojalá pudiera contárselo. No debería haber dejado que te fueras sola a casa tan tarde. Demasiado tarde. No pasa nada. ¿Por qué no me llamaste?, me pregunta.

Tartamudeo. Farfallo. La náusea me sube por la garganta. Me ajusto con fuerza el cuello del abrigo y trago saliva. El corazón me aporrea los pulmones y el aliento se me escapa en pequeñas balas. Quiero contárselo. Estaba cuidando al bebé. Palabras pobres. No llegan a sus oídos. Levanto la vista, veo la luz que se filtra a través de su pelo. Sombras marrones y cálidas le caen sobre el rostro y yo beso las arrugas que forman. ¿Has crecido?, le pregunto. Me coge de la barbilla con sus dedos delgados. Los noto suaves, frágiles. No gruesos. Ni grasientos. Ni firmes. No parecen salchichas. Me estremezco. ¿Qué te pasa? Suspiro. Sonrío. Él indaga en mi mirada. Estoy bien. Estás más alto, le digo. Él se encoge de hombros. Sonríe. No crezcas demasiado o saldrás volando. No pienso hacer eso, me dice. Por lo menos, mientras tú estés por aquí. Su brazo se ramifica por mi espalda y él se enrolla alrededor de mí. Aspiro su aroma. Quiero quedarme así. Duerme conmigo esta noche, me dice. Sonrío. Hace frío, vamos dentro.

¿Dónde está Sandy?, dice Green. Me encojo de hombros. ¿Llegamos demasiado pronto? No le pega nada no estar esperándote. Las rodillas le rechinan mientras avanzamos por el pasillo. Pobre cachorrito, sufre mal de amores. La risa le retumba en la garganta. No sufre mal de amores, digo. Somos amigos. Los dedos se le enredan en mi pelo mientras se agacha para pasar por la puerta. Ya lo sé, dice, sonriendo. Me da la vuelta para que le dé la cara. Frunzo el ceño. Sólo somos amigos. Él me besa la cabeza. ¿Hoy vas a ir a nadar? No, le digo. Vale. Podemos ir andando juntos a casa. Asiento y le suelto la mano. Él me toca la panza. Nos vemos luego. Lo miro marcharse. Su mano le proporciona a mi estómago un húmedo toque de turba. Pongo la mano en su sitio y aprieto. Firme. Grasa. Frunzo el ceño. Miro hacia abajo. No me veo los zapatos.

Monedas plateadas en la ranura. Café caliente para calentarme los dedos helados. Necesito unos guantes nuevos. Empujo la puerta batiente para abrirla, escucho cómo se cierra con un crujido. Me saco la mochila y la dejo sobre la mesa de plástico azul y me siento en la silla de plástico azul que hay pegada a ella. Me estremezco mientras miro las corrientes marrones de café en la taza. Hundo un dedo en ese líquido diluido. Está ardiendo y el dedo se me pone rojo y lo saco y me lo meto en la boca. Un crujido. Entra Hair Netty. Levanto la vista mientras sigo chupándome el dedo. Ella me acaricia la cabeza con su mano peluda y se sienta en la silla de enfrente. No la mires. No le mires el

pelo. No le mires el pelo, me digo. Con mucha educación, finjo no darme cuenta de cuando unos densos mechones de pelo negro caen en la taza y se empapan de café. Vaya, qué tranquilo está esto hoy, ¿no?, chilla ella. No le veo la boca porque el bigote le ha crecido mucho y le cae sobre los labios, pero sus grandes ojos azules me sonríen a través de los mechones negros. Sí, le digo. Hoy está muy tranquilo. No me había dado cuenta. Miro a mi alrededor. Las sillas de plástico que hay pegadas a las mesas de plástico están todas vacías y yo me alegro porque quiero estar sola. Tú también estás tranquila, chilla Hair Netty. Con las manos peludas se sujeta los mechones que le tapan la cara y por un momento se le ve la nariz. Se mete los pelos en la redecilla que tiene en la cabeza. Se le salen al instante. Suspira. No hay manera. No hay manera y punto, chilla. Intento que mi sonrisa parezca empática. ¿Alguna novedad?, chilla. La verdad es que no, le digo. Hoy sólo tengo clase de Biología. Ella está luchando con los mechones así que se acaricia el delantal. Hacia arriba y hacia abajo. Hacia arriba y hacia abajo por las rayas blancas. Sólo una clase. Así que no vendrás a comer, chilla. No, le digo. ¿Qué comida maravillosa me voy a perder? Ella sonríe y chilla. Salchichas con puré. Me late el corazón más rápido, pero no me llega la sangre al rostro. ¡Dios santo!, chilla Hair Netty. Pareces enferma, Peach. ¿Qué te pasa? A todo el mundo le gustan las salchichas con puré. Siento que me voy a desmayar. Me voy a desmayar. ¡Ay, qué tonta soy! Se me había olvidado. Eres vegetariana, ¿verdad? Me acaricia el brazo con su mano peluda. Sí, le digo temblando, esperando que mi rostro recupere pronto el color. Ella suelta una risita chillona mientras su pelo suelta latigazos de un lado al otro. El pelo le brilla bajo la luz. Debe de usar acondicionador. O aceite de oliva. Pues no hay problema, no vas a ponerte a engullir salchichas si no te gustan, chilla. Engullo un bocado de náusea. Bueno, Peach, tengo que ponerme a trabajar. Las patatas no se van a pelar solas. Se recoge el pelo y se lo echa por encima del hombro. Hasta pronto, chilla, y se escabulle hacia la cocina.

Debo de haber aspirado todo el aire de la habitación, porque ya no puedo respirar. Voy hasta la ventana y abro el pestillo y un chillido, el marco chilla cuando subo la hoja. Saco el rostro al aire libre e inspiro, inspiro. El aliento que espiro se congela y vuela vuelto niebla. El día se ha vuelto gris. Dios debe de haberse tomado ya el desayuno y los tés porque ahora todas las nubes son una, tan extensa que no la abarcan mis ojos. El día se ha hecho mayor y se le

ha puesto el pelo gris. No me importa. Me gustaría que este día. Se acabara. El aire frío se me mete en la nariz, me entumece los orificios nasales, me anega de escarcha la faringe. Y ah. Inhalo el aire que se me aferra a los pelos de la nariz, el aire que se me congela en la garganta, el aire que me atraganta. Me atraganta. El olor. El. Olor. A. Humo. Cerdo a la parrilla. Noto olor a cerdo. Un humo con olor a cerdo se bifurca en mi nariz. Me atraganto. Me atraganto. Me atraganto. Él está aquí. Miro por la ventana, busco a Lincoln. Pero no lo veo. Pero veo una grasa gruesa y espesa secándose sobre el asfalto negro. Un rastro viscoso como el que deja una babosa cuando se desliza. Como una babosa. Pienso en la sal. Si le echara sal a una babosa, se disolvería y moriría. Si le echara sal a una salchicha, sabría mejor.

Trato de cerrar la ventana pero se atasca. Saco la carta de Lincoln del bolsillo. La leo una vez y después la rompo y la tiro a la basura. También rompo el sobre y lo meto en la basura. Él sabe mi nombre. Me pongo la mochila en los hombros y voy hacia el laboratorio de biología. Sabe dónde vivo. Llevó personalmente la carta a casa. Me mantengo cerca de la pared mientras ando por el pasillo. Voy andando y me parece que voy muy lejos. Observo los azulejos del suelo. Largas líneas de azulejos. Cadenas hechas de azulejos. Cadenas hechas de salchichas. Cadenas hechas de Lincolns, líneas de Lincolns encadenados. Cada línea negra es el tajo de su sonrisa a la parrilla. Kilómetros y kilómetros de su sonrisa a la parrilla. Sonrisas y rejillas y salchichas a la parrilla, para adentro. Para adentro. La rejilla ardiente. Me arde. Tengo que sentarme. Me parece que mis muslos ya no van a poder seguir sosteniendo el peso de mi panza cada vez más grande. Espero un minuto al lado de la pared. Deslizo las manos desde los costados de mi cuerpo hasta el estómago, que está tenso y redondo. Rodando avanzo hasta el laboratorio y me alegro de poder sentarme.

# LA MUSA Y LAS MUSARAÑAS

Huele dulce. Huele a azúcar caliente y blando humeando en una sartén sobre el fogón. Huele dulce, así que me incorporo y aspiro. Estrépito de sillas. Estiramiento de piernas. Sandy se sienta en el asiento que hay al lado del mío. Lo miro y le envío una pequeña sonrisa ladeada. Hola, Peach, me dice Sandy. Me saluda con la mano y atrapa mi sonrisa con la mano y se la mete en el bolsillo. Sonríe y apila sus libros sobre el pupitre. Cuadra el montón de libros y se reclina hacia atrás en su silla. Lo huelo, pero no lo veo, me dice, sonriendo. Entró a hurtadillas y estuvo sólo un instante, le digo. Creo que se ha ido a por café. Ah. De modo que podemos esperar un derramamiento supremo, dice Sandy, todavía sonriente. Asiento y suelto un suspiro y miro la ventana. Qué pinta de nieve. Parece que va a nevar, Sandy. Creo que no hace suficiente frío. Él estira el cuello hacia un lado y mira fijamente y sonriente. Oye, Peach, he estado todo el fin de semana intentando hablar contigo, me dice. Estaba liada, Sandy, le digo, todavía sin mirarlo. Noto su mirada todavía fija en mí. Me vuelvo hacia él y él baja la vista hacia el pupitre. Su sonrisa se encoge. Quería preguntarte...

Hola, clase, dice el señor Custard. Su voz gruesa se derrama desde el otro lado de la puerta, seguida por su cuerpo amorfo, e interrumpe a Sandy, que me hurta una mirada a los labios. Le lanzo otra sonrisita. ¡O debería decir media clase!, continúa el señor Custard. Se ríe para sí, dispone la taza de café sobre su mesa y avanza hacia el frente de la habitación. Cada semana somos menos, dice, sacudiendo el rostro, rociando a los de la primera fila con restos de natillas. Vaya, dice. Suspira. Lo siento. Todavía es pronto. Todavía no soy persona. Sus mejillas amarillas adoptan un tono escarlata y brillante. Bueno, vamos a empezar. Se sienta a un lado de su mesa y se resbala y cae al suelo. Hoy no es mi día. Las carcajadas inundan el aula. Yo logro limitarme a soltar

una risita nerviosa. Sandy, por favor, ven aquí, dice el señor Custard. Su voz suena más baja y más gruesa desde el suelo. Suena como si tuviera que aclararse la garganta. Ayúdame a levantarme. Me he quedado atascado. Sandy se levanta con lentitud. Su gran sonrisa se balancea en su barbilla. Se agacha junto a la mesa del señor Custard, pesca al pringue amarillo e informe y lo levanta entre sus brazos. Ya está. Ahora, si puedes, quédate ahí un momento mientras me recompongo. Sandy se queda. Se bambolea ligeramente, formando unas pequeñas ondas. Lo observamos. Pequeñas ondas. Pequeños rollos. Ya está, dice el señor Custard, sigue bamboleándote; si conseguimos tomar un buen impulso, a lo mejor puedo moldearme hasta formar un montículo. Sandy se bambolea. Esa natilla humana que es el señor Custard logra cuajar. Surgen extremidades a partir del líquido. Una especie de brazos, una especie de piernas, una especie de huesos, pero no huesos de verdad. Una masa informe. De un amarillo brillante. Audaz, ahora. Burbujeante. Grande, agrandándose. Sandy lo suelta y se sienta de nuevo. Observamos cómo las olas se levantan hasta que el señor Custard es casi tan alto como para tocar el techo con la parte superior del suave cráneo que se le va formando lentamente a partir de su piel de natillas.

Vale, lo intentaremos de nuevo. A ver, hoy. El sistema integumentario. ¡Vuestro entusiasmo se huele desde aquí! Bueno, os prometo que incluso a los que no tenéis piel esto os va a parecer interesante, dice el señor Custard. Vamos, a coger apuntes. Empezaremos por la epidermis.

Me pongo cómoda en mi asiento, abro el cuaderno, le quito el tapón a un bolígrafo y empiezo a escuchar. Epitelio escamoso estratificado, más despacio para poder escribirlo. ES CA MO SO ES TRA TI FI CA DO. Piel fina. ¿O gruesa? Mi piel es fina. Me miro las costras de los nudillos. Debo de haberme raspado con la pared cuando estaba... Sandy me pasa una notita que dice: ¿Estás bien? Pareces distraída. Garabateo en el espacio que hay debajo de sus enmarañados garabatos: Estoy bien, gracias, es que no me gusta la piel. Y entonces él escribe: ¿Por qué no si la tuya es tan bonita? Y yo me pongo roja porque soy enorme y espantosa y él no se da cuenta. Y Green tampoco. Pero Sandy es tan..., es un verdadero amigo. Desvío la mirada y miro por la ventana. Veo una sombra. No, no es una sombra. Está muy lejos. Cerca de la valla. En los árboles. Tan alto como los árboles, y ahora se achica detrás de los arbustos. Es marrón. No, rosa. Y estoy estupefacta. Y no lo estoy. No. Esto



no es estupefacción, porque sé muy bien lo que es, y ahora el señor Custard me está llamando y tengo los ojos demasiado abiertos como para llorar y gracias a Dios porque lo que quiere es que conteste una pregunta y no creo que pueda. Si la ventana estuviera abierta, saltaría por ella.

¿Peach? Sé que no estás dormida porque tienes los ojos abiertos, pero no estás con nosotros. Por favor, presta atención. Los anexos de la piel, por favor. ¿Cuáles son? Eh, mmm, balbuceo, y me manoseo los pulgares. Lo siento, son el pelo y las uñas. Eso es, ¿y puedes decirnos de qué están hechos? El señor Custard está de pie muy cerca de nuestro pupitre y se le escapa una gotita que cae delante de mí. De queratina, digo. Eso es, dice él. Suspiro para mis adentros. Estoy muy contenta de haberme leído ese capítulo el fin de semana. Bueno, clase, ya lo veis. La piel es un órgano muy extraño, hecho de células muertas y vivas. Medio muertas y medio vivas. Pero igual que la pequeña y afortunada Peach, aunque la piel que vemos está muerta, la suya se ve muy viva, muy bonita... ¡ah, y ahora muy roja! ¡Perdona, no quería avergonzarte! Se ríe entre dientes y la clase me lanza unas risitas que vuelan por el aire y se me clavan en la espalda. Me cubro la cara con las manos. Quisiera desaparecer. La cara me arde. ¿Puedo abrir la ventana?, balbuceo sin dejar de cubrirme la cara. Sí, Peach, hace calor y tú no tienes muy buen aspecto. Sandy se levanta de un salto y se estira por encima de mí y empieza una batalla contra el pestillo. Su camisa me roza la nariz y huele a sal. Llueven sobre mí granos de arena y de sal. Me cae un rocío diminuto sobre el pelo. Perdona, me dice, con voz de avergonzado. No me importa. Sube la hoja de la ventana y el aire frío me cubre la cara y apaga el incendio que hay bajo mi piel. El señor Custard me mira. Dios mío, dice al ver que las células sanguíneas de mis mejillas se han agolpado en la superficie y están adoptando la forma de las letras que se agrupan a su vez en el mensaje QUE ALGUIEN ME AYUDE. Sus ojos amarillos brillantes me inspeccionan el rostro. Peach, por favor, quédate un momento cuando termine la clase, me dice. Cierro los ojos y me pregunto qué habré revelado.

## DISIMULO MAL

No has hecho nada malo, me dice el señor Custard. Sí que lo he hecho. Mi mirada desciende y se posa en el pupitre. No te preocupes, sólo quería hablar. Sí que me preocupo. Estoy muy preocupada. Tengo fuertes dolores y mucho miedo. Pareces indispuesta, me dice él. Se apoya en el borde del pupitre y lo abolla. Las patas crujen y un chirrido recorre la superficie de la madera, pero él no mira hacia abajo. Sus ojos echan chispas contra la parte posterior de mi cuello desnudo y noto la piel tan caliente como cuando me tiendo al sol. ¿Qué te pasa, Peach? Puedes contármelo. Levanto la mirada. No puedo contárselo. Es difícil mirar al señor Custard cuando se encuentra tan cerca porque es amarillo brillante y muy resplandeciente. Pienso en ponerme unas gafas de sol. Él quiere una respuesta y no sé qué decirle. No puedo contárselo. ¿Hay algo que te agobie? Me quedo quieta en mi asiento, sin negar con la cabeza. No sé qué hacer. Quiero ayudarte, Peach, sé que te pasa algo. Tengo la cabeza llena de nubes, como anoche. Estoy bien, le digo en voz baja. Miro por la ventana. El cielo está cubierto de nubes, igual que yo, y parece que se fuera a caer o abrir, que fuera a empezar a nevar muy pronto. Sigo mirando, buscando la sombra de una salchicha, y me doy cuenta de que el señor Custard ha seguido mi mirada. Su voz cuaja y los sonidos separados se filtran a través del grueso silencio que me rodea. ¿Peach? ¿Buscas a alguien? ¿Tienes miedo? No oigo el suspiro que se me escapa, pero estoy seguro de que él sí. Vuelvo a bajar la mirada. Me agarro los muslos debajo del pupitre. Señor... Estoy a punto de contárselo. Estoy asustada, digo, con lentitud. Las palabras salen resbalando, goteando. Ojalá no hubiera dicho nada.

Si no puedes contármelo, enséñamelo, me dice. Tardo un rato en levantar mi pesado brazo y señalar la ventana. El señor Custard se levanta y se desplaza hasta la ventana. Entorna con fuerza los huidizos tajos que tiene por

ojos. Me parecen cerrados, pero él ha visto y se da la vuelta y dice: ya veo. No te preocupes, Peach, llamaré a seguridad y harán que se marche. No vas a volver a casa sola, ¿verdad? Niego con la cabeza y le digo que no. ¿Cuánto tiempo hace que te sigue? Yo me encojo de hombros y voy hasta la puerta arrastrando los pies. Gracias, señor, le digo.

Necesito a Green. Necesito a Green ahora mismo. Me siento frágil me siento llena me siento como si me fuera a caer por las escaleras pero no, voy volando, mis pies me llevan muy lejos por el pasillo hasta la cafetería donde siempre nos encontramos. Le echo los brazos al cuello y la fuerza de mi peso lo hace temblar y tambalearse. Oye, me dice, ¿qué te pasa? Lo aferro por la cintura y le digo: Nada, es sólo que hoy te he echado de menos. Él se ríe y su risa resuena en la sala vacía. ¿Vamos a dar una vuelta? Despacio, le digo. Ya estamos fuera y me siento bien y tranquila porque estoy con Green. Andamos hasta la verja y salimos. Empleo los ojos para observar las sombras, pero no veo nada. El sol está bajo y se marcha del cielo a hurtadillas y con lentitud. No deberías mirar fijamente el sol, dice Green. No era consciente de estar mirándolo fijamente, pero cuando miro a Green y parpadeo, las manchas naranja que le cubren el rostro no desaparecen. Las manchas me ciegan. Voy a ciegas junto a Green. El punto ciego. Atacada por el punto ciego. Y cierro los ojos al ver que no veo, de todos modos. Las manchas naranja se clavan en el interior de mis párpados. Sol precioso. El sol se ha puesto. Su olor. Me lleva de la mano, pero yo sigo su olor y el sonido de sus piernas, sus chasquidos. Green es un gran guía y cuando abro los ojos, estamos en el jardín. Green se agacha y coge una flor del lecho. No es su lecho. La flor es azul y él la sujeta delante de mi cara. Del color de tus ojos, me dice, y me la sujeta en el pelo. Yo sonrío.

La luna se ha trocado por el sol y está trepando por una escala plateada de estrellas hacia el centro del cielo. Va a helar. No va a llover. Pero hay nubes y tapan la extraña luz plateada. Extraña porque se la ve separada del cielo, que sigue siendo naranja. Sigue siendo naranja. Sigue esforzándose por cambiar de naranja a azul. ¿Cómo lo va a hacer? Green sacude unas hojitas cuando se ríe. Su risa es profunda y proviene de su pecho. Su respiración le hace cosquillas en la garganta, que está llena de ramitas, y produce unas notas profundas y suaves. Peach preciosa, fascinada con el cielo. Se me acerca desde atrás, tira de mí y me pasa sus dedos largos y delgados en torno a mi cintura cada vez

más ancha. Es que ocurre tan rápido, digo con un suspiro. Conviene no pestañear, me susurra al oído, y suena tan suave que cierro los ojos. Vamos dentro, me dice.

A la luz de la nevera, llena dos vasos de agua. Está mascando algo que parece gomoso. ¿Seguro que no quieres un poco? Asiento con la cabeza sin saber qué es, sin querer saberlo, no tengo hambre, no puedo pensar en comida, pienso en lo llena que estoy y me siento llena del deseo de observar. Quiero observar sin pensar. Quiero verlo agacharse. Verlo bambolearse. Él se agacha y se bambolea y hace que asciendan las sombras. Es hermoso. Pero tengo miedo. En la cocina está oscuro y bajo esa luz tenue su esbelta figura proyecta unas sombras que parecen arañas. Me dan miedo las arañas. Grandes, largas, delgadas, se deslizan y arrastran y trepan por las paredes y por el suelo, la habitación está llena de arañas lentas y silentes. Se columpian sobre las volutas plateadas de luz de luna que se aferran a la ventana. Una telaraña. Me dan miedo las arañas. Me estremezco. Green no es consciente de las amigas que se le aferran al cuerpo para lanzarse después desde su cuerpo. Yo me estremezco, tengo miedo, pero no puedo cerrar los ojos. Me aparto de la puerta. Las arañas de sombra estiran sus largas patas y avanzan hacia el pasillo, parece que van a echar a correr al cruzar la puerta, pero entonces se cierra la puerta de la nevera y las arañas de sombra se escabullen y Green sale de la cocina con los vasos de agua en las manos, y sigue sonriendo y mascando.

Dejo de estremecerme mientras subimos las escaleras. Green me guía, él va delante, yo lo sigo. No enciende ninguna luz. Nunca lo hace. En las escaleras está oscuro. En su habitación está oscuro. Cierra la puerta. Hay unas pizcas de luz que se filtran a través de la ventana. Nos sentamos en su cama y nos echamos en el colchón uno al lado del otro. El colchón es blando. Él se me acerca y se gira para besarme el cuello. Tira de mi jersey de lana suave. Me lo quiere quitar. Lo observo bajo esa luz tenue. Sus ojos son negros como el carbón, el carbón... ay, no. No. Como el carbón no. No puedo comparar sus ojos con los tajos negros y gruesos que miraban fijamente y sajaban y despojaban. Me siento aliviada cuando se aparta ligeramente y la última luz se refleja en sus ojos. Me olvido y lo beso. Él me levanta el jersey y me lo saca. Levanto los brazos para ayudarlo y pienso que no sé si quiero que haga eso. Me recuesto en la cama y la barriga me rebota. Veo que él me la mira y le digo

que no sé por qué hoy la tengo tan hinchada. Suelta una risita breve y me besa el ombligo y me dice: estás preciosa. No sé si lo piensa de verdad, pero se inclina sobre mí y empieza a darme más besos. Va rápido y me encantan sus labios pero no paro de pensar, no paro de pensar. Me desabrocha los botones de los vaqueros. Tira. Estira. Bragas. Calcetines. Fuera. Y luego estoy desnuda en su cama y me siento como una foca. Me besa la piel y me dice que tengo un sabor dulce. Me acaricia el suave vello de los pechos y la panza y sus dedos empiezan a bajar. Le cojo las dos manos y se las sujeto con fuerza. Estoy tumbada de espaldas y él está delante de mí. Me da besos en las mejillas. Hablo. En voz baja. Le digo: Hoy no. Él para de besarme, me mira a los ojos y ve que estoy mirando hacia la ventana. Veo la luna. Peach, me dice, y su aliento cae con suavidad sobre mí y me vuelvo hacia él. Parece triste. Lo siento, le digo. Él cierra la boca. No es una mueca ni una sonrisa. Veo que una línea se curva un poco en el lado izquierdo de su rostro. Estira los brazos y se da la vuelta. Está tumbado en la cama, de lado, me pone una mano en el vientre y suspira.

Quiero hablar. Decirle cosas. Contárselo. Hablar con él. Decirle lo que pasó anoche cuando volvía a casa. Quiero decirle cosas, pero no sé cómo ordenar las palabras. Las frases serpentean en mi mente y se acaban escabullendo. Las palabras se dispersan. Estoy dispersa. Disperso las frases. Una semántica de la dispersión. Semillas dispersas. Me han dispersado la mente. Crece. Crece, Green. Crece y hazte más alto. En tu pecho hay unos nudos gruesos que toco con el dedo. Estás lleno de nudos gruesos, te atraviesan de dentro hacia afuera. Nudos marrones. No son duros. No son de madera ni de hueso. Cartílago, inserto en tus agujeros como cartuchos, melanomas malignos, pero no. Cáncer no, cáncer no, te podrían sacar los nudos si quisieras, pero por favor, no quieras. Me gustan así. Coloco las manos planas, las aplano. Quiero trepar hasta las cimas de las rugosidades de tu piel. Pero ¿cómo entro? He puesto tapones. He tapado mi agujero. Como los tuyos. Pero lo he hecho para no rezumar. Porque rezumaría, infectaría, de hecho. No quiero eso.

Me mira a los ojos como si estuviera buscando esas líneas para filtrarse a través de mi piel o salir a hurtadillas por un lado de mi mente. Me besa de nuevo. Sus manos se deslizan sobre mis bultos, los tres. Quiere tocarme por dentro. Pero para. Da la vuelta a la mano sobre mi barriga abultada. Peach,

¿estás embarazada?, me pregunta. Ay. Estoy alterada y pienso con lentitud. Hay algo dentro de mí. No sé qué es. Green abre los ojos muy grandes. Podría engendrar. Una vida. Dentro de mí. No había pensado en eso. Y luego pienso en lo que entró dentro de mí anoche y era una salchicha y qué pasa si salió algo pegajoso, viscoso, espero que esa salchicha espantosa no estuviera llena de esperma y que no tenga que parir una camada de perritos calientes. Me patinan los pensamientos. Soy boba. Estoy a punto de soltar una carcajada cuando pienso en unas salchichitas rosas metidas en una cuna y envueltas en una manta, cerdos envueltos en mantas, y ahora suelto una carcajada. Levanto la vista y miro a Green con mis ojos anegados. Lo veo borroso, pero parece ofendido. Y lo beso y le pido perdón al mismo tiempo. Pero ahora en serio. ¿Y si mamá tuviera razón? No estaría tan mal tener un bebé con Green. Tenemos relaciones sexuales y estas cosas pasan algunas veces. ¿Y si llevo todo el día sintiéndome llena y sin ganas de comer y con náuseas porque estoy embarazada? No lo había pensado. Green se aparta con impaciencia. ¿Estás embarazada?, me pregunta de nuevo con voz grave y baja y lamento reírme y decirle: Puede ser. Él sonrío y me abraza contra su pecho, me abriga y resguarda, y yo sonrío y me siento rara.

# PARA QUÉ IR AL PARQUE

Estoy soñando y abro los ojos. El cielo está marrón oscuro y escupe tierra. Todo lo que estaba arriba ahora está abajo. Ha desaparecido la gravedad. Me han atrapado unas nubes frías. Me tapan. Estoy blanca. Húmeda. Tengo la piel húmeda. Un momento. No. Hay nubes debajo de mí. Siento el calor del sol en la espalda. Pero esas nubes no me tapan. No lo suficiente. Forman sólo unos parches gruesos. Brillantes parches blancos y azules, aquí y allá. Un pelaje blanco y grueso. No, un pelaje no. Me noto. Húmeda. Empapada. Mohosa. Hecha de moho. Mi piel se está comiendo mi carne. Piel apilándose. Trato de tocar las copas de los árboles con las yemas de los dedos, trato de estirar los brazos, trato de salir de entre las nubes. No puedo estirar los brazos. Las hojas me abandonan, la fronda se desfonda. Hoy me voy. Hoy no soy. Cierro los ojos y me preparo para perecer.

Me despierta la humedad. Estoy húmeda. Por el sudor. Boca abajo en la humedad. Green ha gravitado y se ha agrandado en torno a mí durante la noche. La luz no acaba de penetrar en la cálida neblina de musgo que me rodea. Pero sin duda es de día. No recuerdo el momento de dormirme. Vuelvo la cabeza con delicadeza para echarle un vistazo a Green. Está profundamente dormido. La respiración le resuena en la nariz y suena como un ronquido pero más suave. Me apoya el brazo en la zona lumbar. Ascende con suavidad. Desciende con suavidad. Tiene las mejillas rojas y unos pequeños leños arden en su boca. Pero no está en llamas. No hay humo, así que no puede haber fuego. Sólo está caliente. Y se despierta. Se aparta de mí. Deja un rastro de gotas de sudor, los restos de su sueño empapado de sueños. Se levanta a mi lado y sonrío. Buenos días, preciosa. Me escabullo bajo las sábanas para ocultar mi cuerpo cada vez más hinchado. Así que eso sigue ahí. Has dormido bien, le digo, contemplando cómo se estira y bosteza. Sus brazos rozan el

techo y su barbilla roza el suelo. Se estira. Alto. Sus dedos arañan el techo y raspan la pintura. Contemplo cómo caen unos copos blancos. Nieve, digo. Él gira el cuello para mirar por la ventana, pero acaba dándose la vuelta. Se apoya en el alféizar, sin dejar de estirarse. Nieve, dice. Un poco. Un par de centímetros. O tres. Se da la vuelta y sonrío. Hoy nieva. Hoy no va a haber clase. Y tiene razón porque se oye el timbre del teléfono y él baja las escaleras corriendo para cogerlo y cuando vuelve a subir dice que era Spud y que le ha dicho que la universidad hoy estaba cerrada. Ahora tengo frío porque el sudor húmedo se me ha secado en la piel así que me pongo de lado y me acurruco bajo las sábanas y empiezo a tiritar. Qué bien, digo. Él se agacha para besarme pero lo detengo. Le pongo un dedo en los labios. Con la yema del dedo le delinearé los labios. Apenas lo rozo pero noto que es suave como la madera pulida. Le hace cosquillas. Arruga la cara. Cierra los ojos con fuerza. Sonríe. No quiero estar embarazada. Su sonrisa se detiene pero se mantiene. Abre los ojos y yo cierro los ojos. Me da miedo ver su decepción. No quiero tener hijos, digo con rapidez. No logro oír el silencio, es demasiado concreto para entrar en mis oídos. ¿Y qué pasa si él quiere? Ojalá se diera prisa y dijera algo. Envuelve mis mejillas con las manos. Abro los ojos y él me está mirando y me mira con afecto y tiene muy buen aspecto. Sonríe. No es una sonrisa clara. Estoy un poco sorprendida. En voz baja, me dice: Yo tampoco quiero tener hijos. Pero si quisieras tener un bebé, yo os cuidaría a los dos. Le echo los brazos al cuello y los apoyo en sus sólidos hombros. Él me apoya la cara en el pelo. Tengo una sensación de alivio y calor. Tenemos que comprobarlo, le digo. Él dice que sí. Luego vamos a la farmacia. Me apoya la mano en el vientre. Podrían ser muchas cosas, le digo. Él asiente. Dúchate tú primero, me dice.

Me doy una ducha rápida y luego se ducha él. Siempre tengo aquí algo de ropa limpia y me la pongo mientras él está en el baño. No me puedo abrochar la camisa por lo protuberante que tengo la tripa, así que me pruebo una suya, pero me queda todavía más apretada y las mangas me llegan por las rodillas. Me la quito. Cuando vuelve al dormitorio, sólo llevo puestos los vaqueros. Le dedica otra gran sonrisa a mi panza. Peach, ¿qué haces? No lo sé. Me siento ridícula. Me río. No me cabe la camisa. Y tu camisa no me cabe de ninguna manera. Él suelta una carcajada. Se frota el pelo con la toalla. Pruébate ésta. Saca de un cajón una camiseta negra y me la pasa. Me cabe, se estira. Me



pongo el jersey encima y le sonrío. Él se está vistiendo y me dice que hoy parezco más contenta que ayer. Me pregunta cómo van mis nudillos. Me soplo los nudillos y le digo que van bien. En la ducha se me han mojado las costras y la piel que las rodea tiene un tono rosa muy extraño. Me soplo los nudillos de nuevo. Las costras están levantadas y empapadas y amarillentas y tienen forma de salchicha. No, de salchichas no. Las salchichas me dan náuseas, piensa en otra cosa. Babosas. Babosas infectadas. Las ideas que me vienen a la cabeza desaparecen con el aire caliente que echo por la boca. Son ideas furiosas y escandalosas y desaparecen. No son salchichas ni babosas. Son sólo costras. Compraré tiritas en la farmacia para taparlas. Peach, me dice, cogiéndome las manos y tirando hacia abajo, te invito a desayunar.

## DE LOS PIES AL PIS

Arrastro los pies. Las piernas me pesan y ando arrastrando los pies. Voy paleando la nieve con los zapatos. Dejo un rastro con mis piernas de plomo. Green lleva casi todo mi peso en la mano, pero me siento maciza y rígida y pesada. Sé de una a la que le falta energía, dice, bajando la mirada para mirarme. Estoy bien, le digo, mirando la nieve y centrándome en mis pies. Llevo unos zapatos de piedra y la nieve está llena de melaza. Me resbalan los pies. Me patinan. Ten cuidado, no vayas a caerte, me dice, bajando la mirada de nuevo, contemplando cómo la cellisca se desliza bajo mis pies. No te preocupes, voy despacio. Y tengo un montón de grasa para amortiguar el golpe. Por suerte, no va a durar mucho, dice Green. ¿A qué te refieres? Está cambiando el tiempo.

Nos paramos y miramos el cielo. Green ve, yo no. El brillo del color me hace desviar la mirada. Contemplo cómo los coches ruedan en fila por las calles sobre ruedas de sushi. Los neumáticos son ligeros y no dejan huellas, pero dejan unas manchitas de pescado, rosas, sobre la nieve. Los coches avanzan con rapidez, se aferran al hielo gracias a la sal de las algas. Mis ojos rotan con las ruedas, con el verde oscuro y el blanco y el rosa y a veces el rojo y el blanco, ruedan y dan vueltas, más blanco, está dado la vuelta, un *california roll*, ruedan y dan vueltas hasta California, los colores y el calor de California, más calor, más calor. El blanco que hay bajo las ruedas se está aguando, está aguado. La calzada es negra y está mojada y luego seca. Green me da un beso en el pelo. Me suelta la mano y se saca el abrigo, oigo un chasquido procedente de sus hombros de hombre. Luce el sol y hace calor y todo es peculiar. Me protejo los ojos de la luz que bota en los capós de los coches que circulan por la calzada. El calor se vuelve sofocante de repente. Yo también me saco el abrigo. Green parece perplejo y dice: Supongo que

habrá que adaptarse.

Ya es verano cuando entramos en la farmacia. Los dependientes están sustituyendo las medicinas para el catarro y la gripe por cremas, filtros y protectores solares. No he estado aquí antes y no sé dónde ir. Sólo hay tres pasillos con expositores pero en todos hay señores y señoras que podrían conocer a mamá. Y podrían decirle que me vieron y que vieron lo que compré y no quiero que mamá se entere para que no se entusiasme demasiado. Esto es muy raro. Green ya está delante de mí. Se agacha para examinar los expositores y se vuelve y gesticula y sus gestos producen una ráfaga de viento, un breve viento huracanado que hace caer todo un expositor lleno de espumosos geles de ducha. No sé si reír o llorar o esconderme cuando una manada de dependientes corre en estampida para recoger los geles de ducha y volver a colocarlos en su lugar. Uno se toma la molestia de detenerse un momento para amonestar a Green. Green baja la mirada y se pone rojo y se ríe y pide perdón. Lo cojo de la mano y lo arrastro hasta el pasillo de al lado. Le digo que deje de alborotar y él me pellizca el trasero y dejo de sentirme rara y preocupada porque esto es casi estupendo y casi me estoy divirtiendo y es casi como cualquier otro día.

Nos enfrentamos a una fila de cajas. En cada caja hay palitos y palitos y palitos y etiquetas adhesivas adheridas a las cajas en las que dice: En apenas tres minutos sabrá si está embarazada o no y de cuánto tiempo. Vuelvo a estar un poco preocupada. ¿De cuánto tiempo tendría que estar para adquirir el tamaño de una foca? ¿De cuánto tiempo hay que estar para que ya no sea posible abortar la foca, atravesar el cielo volando y caer en el infierno? Ésa es una idea lúgubre. Qué lugar tan lóbrego. No vayas por ahí. Vuelve a las cajas. Vuelve a los palitos. Hay palitos suficientes como para construir una valla, pero es un poco tarde para vallas cuando ya puedo estar preñada y las vallas no impiden que las ideas lúgubres te persigan vayas donde vayas. Green se ha alejado y está mirando los condones así que cojo la caja en la que no hay ninguna foto de un bebé y me dispongo a pagar. El dependiente no nos presta particular atención ni a mí ni a mi compra, así que me siento aliviada. Salgo sin Green. Bueno, ¿qué hago ahora con esto? Green sale de la farmacia y me pasa el brazo por la cintura. ¿Dónde quieres hacerlo?, me pregunta. No lo sé. Supongo que donde nuestras madres no puedan vernos ni verlo, le digo. No sé lo que pensarían los padres de Green. Sólo los he visto unas pocas veces.

Trabajan mucho. Mi padre empezaría a construir una cuna antes de que la muestra de orina se hubiera secado. ¿En la cafetería hay un baño?, pregunto. Claro, dice él, y allá vamos.

El sol me abrasa la espalda mientras andamos. Tengo la mano húmeda y pegajosa y le agarro la mano a Green, que la tiene sólo pegajosa. Tengo la sensación de que la piel se me va a desprender de los huesos. Floja. Y chapoteo en el interior de mis zapatos mientras ando. El verano es un asco. Estoy empapada cuando llegamos a la cafetería. Podría ponerme de pie sobre un cubo y podrían servirme en un vaso con cubitos de hielo. Green se apodera de una mesa y yo sigo hacia el fondo del local donde deberían estar los baños. Acabar de una vez. Hay un único baño metido en un armario mínimo que parece una cueva, concreto y oscuro. Unas paredes de cemento gris que los propietarios no se han decidido a pintar o que han dejado desnudas para producir un efecto de celda. Pero no sé para qué podrían querer producir un efecto de celda, no sé para qué alguien podría querer producir un efecto de celda y entonces me doy cuenta de que probablemente no quisieron invertir dinero en pintura porque éste no es un baño para que la gente se quede un tiempo dentro, el pis probablemente siga goteando de los penes cuando sus propietarios cierran la puerta y se vuelven a sentar para acabarse sus cafés. El inodoro es de un acero plateado y frío. Me medio siento. Me medio cierno. Y luego me pongo de pie. Me desabrocho los botones y abro la caja y leo las instrucciones, aunque sé lo que tengo que hacer. Me medio siento, medio cierno, y Dios, me sigue escociendo. Supongo que debería quitarme los puntos pronto. Me siento del todo. Dentro de tres minutos lo sabré. Apoyo el palito en la caja y me coloco la cabeza entre las piernas. Siento cómo la sangre se me agolpa en la cara. Y me quedo así y trato de contar hasta ciento veinte y pierdo la cuenta cuando voy por ochenta así que me quedo con la cabeza ahí abajo hasta que me parece que se me va a caer. Cuando me incorporo, tengo toda la cara sudada y me parece que me voy a desmayar y no me importa. Miro la ventanita que hay en el palito esperando ver una salchicha. Veo unas grandes letras negras que dicen NO EMBARAZADA. Tengo un nudo en la garganta y apenas logro tragar. Pero sobre todo me siento desinflada. Me siento hueca. Pero sigo estando gorda. Me quedo mirando la pared desnuda y podría estar mirándome al espejo. No quería un bebé. Quería una respuesta. Supongo que ya la tengo. Supongo que debería ir a contárselo a Green.

Green se ha apoderado de una mesa y ha pedido dos cartas. Me acomodo en el banco de enfrente e inspiro con fuerza e inspiro con fuerza e intento relajarme pero no lo logro, estoy a punto de explotar porque tengo la barriga apretada con fuerza contra la mesa. Tengo las mejillas tan rojas que me pongo morada de la vergüenza. Green tira de la mesa hacia él. Me doy cuenta de que piensa que es divertido, la carcajada sale silbando por su nariz pero sin fuerza. Aprieta los dientes y domeña su sonrisa. Me coge la mano y me pregunta qué quiero desayunar y me dice preciosa. Yo abro la carta y me desplomo sobre ella. Me enfrío la cara con la fórmica. Ha dado negativo, le digo. Ya lo sé, me dice. Me acaricia la parte de atrás del cuello con la yema de un dedo. Es el resultado que tenía que dar, me dice. Ya lo sé, asiento. Trato de sonreír. Me pregunto si se está preguntando si es verdad lo que ha dicho, pero él mira el menú muy concentrado y pienso que probablemente sólo siente alivio y sólo piensa en comer. No quiero cebar esta barriga abultada que parece un barco varado. ¿Te importa si pido carne?, me pregunta. Me dispongo a decirle que no cuando dice: Me apetecen unas salchichas. Supongo que me habré puesto morada, porque me dice que ha cambiado de idea y que quiere unos huevos. Lo siento, le digo, pide lo que te apetezca, es que me siento rara por lo que me ha pasado en el baño. Yo sólo quiero un vaso de agua, le digo, y él frunce el ceño y me dice: Tienes que comer.

Cuando lo he convencido de que una tostada con mermelada es muy adecuada, él se levanta y va a pedir a la barra. Contemplo cómo se aleja y me pregunto por qué no me ha hecho más preguntas ni se ha puesto a gritar o a llorar o a dar hurras. Y él ya lo sabía porque siempre tomamos precauciones para estar bien seguros. Pero ahora no me siento nada segura. Siento como si en cualquier momento pudiera caerme de este banco y salir rodando. Green se da la vuelta para mirarme y sonreírme y yo lo miro también y le dedico mi mejor versión de la sonrisa que significa que estoy bien. Sin dejar de sonreír, me doy la vuelta y miro por la ventana y me llevo la mano a la boca y me arranco la sonrisa de los labios cuando veo, durante apenas un segundo, una enorme y amenazante salchicha pegada al cristal. Conmocionada. Me quedo conmocionada. Miro a mi alrededor para ver si alguien más lo ha visto, pero el resto de la gente que hay en la cafetería está absorta comiendo o bebiendo, leyendo la carta, leyendo el periódico, deseando que se pudiera fumar, o alguna otra cosa, cualquier otra cosa. No quiero volver a mirar porque sé que

sigue ahí. Sus ojos me perforan la piel y me arde y me escuece y miro, joder, miro, le devuelvo la mirada y tengo ganas de gritar, joder. Él se está frotando contra el cristal, mirándome fijamente, sin ninguna expresión. No le veo la boca desde este ángulo, pero sé que es ancha y que él me mira boquiabierto. Se está frotando contra el cristal y el cristal chirría, y el chirrido es desgarrador y se desplaza a través de la cafetería hacia mí, pero nadie más mira. Sigue frotándose, su cuerpo está lubricado por la grasa que gotea contra la superficie lisa del cristal y es muy desagradable. No puedo seguir mirando y trato de levantarme, de correr hacia Green, pero tengo el trasero pegajoso y se me ha quedado pegado a la silla, y trastabillando me levanto e impacto contra la mesa. Me tapo los ojos con las manos y trato de estar en otra parte. Y cuando estoy más tranquila, espío separando un poco los dedos. Se ha ido, pero en el cristal ha quedado una mancha de grasa de dos metros y no puedo creer que nadie más lo haya visto.

Green me trae de vuelta a la realidad con unos besos muy suaves y después llega nuestro desayuno y mi tostada está fría. Me la como porque Green me está mirando y quiere que coma. Veo por el rabillo del ojo la grasa que chorrea por el cristal. Green se percata de mi mirada y se da la vuelta para mirar. Hace una mueca y dice, con la boca llena de huevo frito: ¿Qué es eso? Me encojo de hombros y bajo la mirada y unto un poco de mermelada pegajosa en mi tostada dura como un ladrillo de pan. Mordisqueo la rebanada de pan. Le doy un mordisco mayor y me rebano la lengua con algún diente punzante. Hago un gesto de dolor y trago. Sabe a sangre. Sabe a lengua. Green me coge la mano. Una lágrima me corre por la mejilla y la sangre me corre por la barbilla. Green abre mucho los ojos y se inclina hacia mí. ¡Peach! Me limpia la barbilla con el índice, pero me clava una astilla. Me río y me chupo la lengua. Me saco la astilla y se la devuelvo. Él se ríe. Tengo escalofríos, las lágrimas siguen corriendo. Estoy temblando y tengo miedo porque no sé qué va a pasar ahora. Bajo la mirada y me miro la barriga y me pregunto si Green tendrá una astilla lo bastante grande como para hacerla estallar.

Me estremezco, todo se estremece. Mi miedo es tan grande que hace que tiemble todo el local. La mermelada merma en su frasco. Los cuchillos chillan. La mesa se menea. Green grita, sonriendo, que Spud sí que sabe cómo entrar en un local. Los temblores continúan. Cada vez más fuertes. No es por mi miedo. El resto de la gente mira a las camareras que se cimbrean y se fija en

los bandazos que dan las bandejas en las que llevan frenéticos frascos de mermelada y trémulas teteras, pero nadie parece preocupado y todos siguen a lo suyo.

Mi barriga rebota bajo la mesa. Me la agarro para evitar que salga rodando. Spud. Green se estira para prepararse para recibir a su amigo. Echa el ancla rodeando mis piernas con las suyas, se echa hacia atrás en el banco, se lleva los brazos, delgados y largos, al pecho, y con lentitud, con lentitud, los estira. Oigo cómo chasquean todos los huesos que se ramifican por su cuerpo. Su boca se está convirtiendo gloriosamente en una sonrisa que extiende la envergadura de sus brazos. Dice que le sienta bien hacer eso. Yo me quedo sentada observándolo, sonriendo y pensando en los músculos que se mueven, se flexionan y se estiran en su cuerpo. Entra rodando Spud. No empuja la puerta para abrirla, se limita a rodar contra ella con su peso y con cierta velocidad, y atraviesa el local haciendo espirales, arremete contra nuestra mesa y se detiene. La mesa empieza a oscilar hacia atrás y hacia delante. Spud sujeta el borde de la mesa con sus grandes manos mugrientas. Siempre mugrientas. Sujeta la mesa y la fija al suelo. Todas las demás cosas que temblaban han dejado de temblar, unas pocas se han hecho añicos y todas las demás personas que hay en la cafetería se dan la vuelta para mirar fijamente a Spud, el tiempo suficiente para manifestar su malestar colectivo, y después se vuelven a dar la vuelta y siguen a lo suyo.

Spud estira su brazo, que parece un tocón, y Green estira el suyo, que parece una rama. Al tocarse, sus manos se enredan la una en la otra, las mejillas de ambos se encienden y sus sonrisas se convierten en risas causadas por algo que sólo ellos entienden. Yo miro para otro lado. Quedo excluida. No puedo compartir ese momento. Me siento una entrometida. Mientras sus brazos siguen retorciéndose, atisbo por un instante lo que han creado entre ambos, lo que fue creciendo entre ambos mientras se criaban juntos. El momento especial del encuentro se acaba bajo el peso de la carcajada grave y sonora de Spud. Sofoca la risa. ¿Todo bien, Peach?, me dice. Comienzo a contestarle pero la respuesta se me queda atascada en la garganta mientras se me desgarran la piel y me doy cuenta de lo que ha pasado. Puede que sea robusto, pero también es ágil. Ahora Spud está sentado a mi lado y yo estoy espachurrada entre la pared y su macizo costado. Y en el proceso de instalarme aquí, el trasero se me ha despegado del banco y estoy bastante segura de que un trozo

de piel ha quedado pegado al banco y ya no me pertenece. Me escuece ligeramente. Pero ya siento bastante dolor, así que el escozor no se nota demasiado rato.

Hola, Spud, digo. Green me sonríe. Creo que quiere que nos hagamos amigos. Y a mí Spud me cae bien, pero Green y él se conocen desde siempre. Nunca podremos ser tan amigos. Y Spud odia a Sandy. ¿Peach? ¿Has oído lo que estábamos diciendo? Green estira el brazo por encima de la mesa y me hace cosquillas en la barbilla con su dedo delgado y largo. ¿Eh? Miro a Spud y él me está mirando fijamente como si fuera idiota con sus ojos estrábicos. Uno de sus ojos está mucho más arriba que el otro, parece querer esconderse en una esquina de su frente. Pero en realidad no es una esquina. No me doy cuenta hasta que no me acerco mucho, pero su cabeza es más esférica que cuadrada. Y tiene un millón de marcas y bultos en la superficie de la piel. Y rastros de mugre por todas partes. ¿Es que nunca se lava? Me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente y creo que me sonrojo porque él de repente me dedica una gran sonrisa llena de tropezones y veo su lengua húmeda y llena de arrugas. Me río. Perdona, Spud, estaba en las nubes. Ya lo he visto, dice él, soltando una carcajada calcárea. ¿Te apetece salir esta noche?, me pregunta. Vaya. No... No, gracias, le digo. Esta noche tengo que quedarme a cuidar al bebé, le digo con rapidez. Me lo han pedido mis padres. Green me mira. ¿En serio?, me pregunta. Sí, le digo, antes se me olvidó decírtelo. De todos modos, seguro que no queréis tenerme ahí pegada como una lapa. Divertíos vosotros, me parece muy bien. Sí, dice Spud, vamos a ir al pub. Creo que se siente aliviado al enterarse de que yo no voy. ¿Seguro que no te importa?, me pregunta Green. Claro que no, le digo, y le sonrío segura con esa sonrisa que significa «adelante». Estupendo, dice Spud en un murmullo grave y entusiasmado. Empieza a comerse mi tostada y yo empujo el plato hacia él.



## RISAS SIN PRISAS

Mamá y papá salen por la puerta en cuanto la abro. Gracias, cariño, me dice mamá, dándome un beso bruscamente en la mejilla. ¡Nos vamos a bailar! Apoya la mano en la cadera, levanta una rodilla. Está muy contenta. Parece boba. No puedo evitar sonreír. Pasadlo genial, les digo. Sé responsable, Peach, me dice papá. Acuérdate de cerrar la puerta con llave. Me da una palmadita en la cabeza con su enorme mano. Me saludan mientras se alejan andando por la calle con rapidez y oigo a mamá que dice: Vamos, que perdemos el autobús. Cierro la puerta. No echo la llave. El pasillo está oscuro, pero veo la luz que sale por debajo de la puerta del salón. Debería echar la llave y lo hago.

No sé qué hacer. Tras bailar en silencio por toda la casa en pijama durante un rato muy largo y bailar en silencio al lado del bebé que duerme en su cuna y sentirme boba, voy al salón y decido ver un rato la tele. Pienso que debería estudiar, pero estoy demasiado distraída. Ligeramente contenta y desconcentrada. Relajada y jugosa. Me río. Enciendo las luces del salón, las lámparas bajas y brillantes irradian un resplandor muy bello. Me voy directa al sofá, pero echo un vistazo a la repisa de la chimenea. Veo cartas. Un montón de cartas. Cojo la pila y me instalo en el sofá con una pierna doblada debajo del cuerpo. Cuento las cartas. Siete. Son todas para mí. Todas en el mismo tipo de sobre. Todas ligeramente manchadas, todas escritas con la misma letra repulsiva y retorcida. Todas. Todas con la misma grasa. Todas con el mismo olor nauseabundo. Uno de los sobres tiene un post-it pegado. Lo ha escrito papá. *Son para ti, Peach. Un montón de cartas de amor. Te quiero. Papá,* dice. Quiero darle una bofetada. No, no quiero. Yo antes estaba siempre esperando que me llegaran cartas. Me acuerdo. Pienso en la amiga con la que me escribía tanto. ¿Cómo se llamaba? Tiny. Siempre estaba esperando que me

llegaran cartas. Solía escribirle a Tiny una vez a la semana. No. Una vez al mes. Y siempre ponía «con amor» encima de mi firma y lamía el sobre con amor. Tenía once años. Y luego enviaba la carta. Y en cuanto la enviaba, ya estaba esperando la respuesta. Me sentaba al lado del buzón a esperar la respuesta. Se me ha olvidado quién dejó de escribir. Pienso en todo esto mientras miro fijamente las cartas que tengo en la mano con unos ojos incapaces de ver. Tengo los ojos nublados. Llenos de lágrimas. Tengo calor y estoy llena de rabia, joder. Furiosa. Me tiemblan los brazos. El odio me cubre la lengua. Es una fruta podrida que se va cubriendo de moho. Abro el primer sobre. Tengo anegados los ojos y no veo la obscenidad. Abro el siguiente, el siguiente, el siguiente, el siguiente, el siguiente, el último. Y antes de poder darme cuenta, estoy sentada en medio de la nieve. Los copos de papel revolotean a mi alrededor. Oigo cómo se chamuscan y chisporrotean y crepitan al caer sobre mi furia ardiente.

# UNA INCISIÓN DECISIVA

Corto. Acierto. Corto. Acierto. Corto. Corto. Si no acierto, me corto, y eso es lo que me da miedo me da miedo me da miedo. Pensé que sería buena idea hacer esto delante del espejo, pero no puedo coordinar mis movimientos. Miro mi reflejo. El brazo me tiembla violentamente. Dejo las tijeras en la toalla que hay junto a mí. Me incorporo con los nudillos apretados en la alfombra, trato de apoyar la espalda cómodamente contra la pared del baño. Está fría. Me saco la camiseta. Se me pone al instante la piel de gallina, se me ampolla la piel y cada pelo minúsculo se me eriza y me miro al espejo y me río porque parezco un cactus. Un cactus con piernas. Un cactus que se ha instalado encima de algo con piernas. Algo con las piernas muy abiertas y con una vagina que se ha rajado, pero que esperemos que ya haya sanado, y ya no me estoy riendo. El frío me distrae. Un agente entumecedor natural. No sé por qué pensé que iba a poder sacarme los puntos con unas tijeras de cocina.

Levantarme me lleva mucho tiempo. Salgo a gatas del baño y me dirijo hacia las escaleras. Intento gatear con lentitud pero la barriga me impulsa hacia delante, mi peso muerto me dirige. La moqueta me raspa las rodillas, que se me enfrían cuando cruzo a gatas la puerta de la cocina, donde el suelo de azulejos está frío. No sé por qué se guarda el costurero en la cocina. Saco del costurero las tijeritas de costura. Me dan ganas de metérmelas en la boca. Las aferro con fuerza y vuelvo a gatas hasta el baño. Ni siquiera trato de ponerme de pie, creo que me caería al instante.

Recupero la posición anterior. Piernas abiertas. Espalda contra la pared. Todavía tengo la mano temblorosa. Y lo único que pienso es: Date prisa, date prisa, date prisa. Corto. Corto cada punto. Eso no es lo difícil. Cojo una toalla y me meto el trozo más grande que puedo en la boca. Muerdo con fuerza. No me da miedo el dolor. Estoy muy acostumbrada al escozor constante. Pero la

idea de descoser esos puntos hace que se me retraigan los dientes y se me curven los dedos de los pies. Siento mareos. Siento náuseas. Siento. Dejo las tijeras. Cierro los ojos. Inspiro profundamente. Busco el hilo a tientas. Y. Tiro.

No recuerdo cuántos puntos me puse, para empezar, y no cuento cuántas veces tiro de distintos hilos, pero cuando abro los ojos y me miro en el espejo, veo que ya me he sacado todos los puntos. Y en el suelo, delante de mí, hay algunos pequeños rizos negros, hilos que parecen pestañas. Escupo la toalla y espiro. Me limpio la boca con el antebrazo. No me lo puedo creer. No hay sangre. No hay ningún fluido, ningún goteo. Hay unos pequeños agujeritos rosas. Estoy muy contenta. Me pongo a reírme. Paro de reírme y escucho. ¿Está llorando el bebé? Creo que mis carcajadas han causado una gran conmoción en el baño silencioso y estupefacto.

Yo también estoy conmocionada, pero ya no guardo silencio. Creo que he estado conmocionada desde que ocurrió. Creo que éste es el principio del fin de esa fase terrible. Trago saliva. Me digo: Hagamos como si esto no hubiera ocurrido. No quiero ser una víctima. Una de esas víctimas. Ay, me pasó una cosa espantosa cuando era joven. Un hombre se llevó una parte de mí (dicho con voz quebrada y áspera)..., una parte de mi alma. Me avergüenzo y me arrugo ante el lugar común. Soy una persona fuerte y entera. Me miro en el espejo, miro mi barriga abultada y protuberante. Evidentemente, soy una persona entera. Sonríe un poco. Y es más adecuado decir que me ha dado una parte de él en vez de que se ha llevado una parte de mí. Otra vez me avergüenzo. Me meto un dedo en el ombligo. ¡Baja!, digo en voz alta. ¿Por qué no encoges? Otra vez me quedo escuchando. El bebé sigue dormido. Debería ir a ver cómo está. No oigo el ruido de las patas de Sid. Me pregunto dónde estará. Me levanto del suelo. Con cierto esfuerzo.

Quiero despertar al bebé y ponerme a bailar con él por toda la casa. Poner música. A todo volumen. Reírme. Sentir su extraña mejilla vibrante contra la mía mientras sonreímos sin ningún motivo, sentir que me fallan las rodillas, sin ningún motivo más que la pura alegría. Voy flotando por la casa hasta la habitación del bebé, hasta la cuna del bebé. Contemplo cómo suspira en sueños, mientras su boca adopta la forma de una minúscula o. Tapo su cuerpecito sereno con una sábana muy suave. No se despierta. Su sosiego me hace sonreír y pensar en una sencilla oración para bendecirlo. Él la percibe, siente cómo le cae encima y sonríe sin despertarse.

Vuelvo al baño. Quiero darme una ducha y mostrar abiertamente lo bien que me siento por dentro. ¡Tengo que hacer algo con este pelo!, me digo en voz alta ante el espejo, llevándome las manos a la indómita mata que me crece en la cabeza, y frunzo con tanta fuerza el ceño que bizqueo durante un momento y cuando de nuevo enfoco, mi hermana gemela, peluda y enfurecida, aparece y después desaparece y las dos soltamos una especie de carcajada.

Ya estoy desnuda, así que no tengo que desnudarme. Abro el grifo de la ducha, regulo la temperatura del agua hasta que sale bien caliente, pongo la presión al máximo. Me meto en la bañera, debajo del agua, y corro la cortina. Buf. Bua. El vapor caliente me anega la cabeza y las gotitas calientes me agujonean la piel. Me pregunto si esto es lo que se siente con la acupuntura. Ojos cerrados con fuerza. Me levanto el pelo formando un remolino, una especie de helado de champú. A través de la espuma y el vapor y el chorro de agua que choca contra la piel y los azulejos, oigo el sonido del teléfono.

## SALA DE ESPERA

Green no tiene ningún recuerdo. Lo han dejado medio lerdo. Qué mierda. Pero Spud sí que se acuerda. Es difícil decir si lo que tiene Spud es fango o sangre seca. Es sangre seca, que le da un aspecto heroico. Se tambalea, se bambolea y se balancea. No se crispa cuando le pongo la mano en el hombro, e incluso creo que se ablanda. Sigue siendo una masa jadeante, temblorosa, cubierta de fango. Lo intenté, dice. Ya lo sé, le digo, y te lo agradezco. No es culpa tuya.

¡Surgió de la nada y se abalanzó sobre nosotros!, exclama Spud. Se rasca la cabeza calva, dejando unas marcas oscuras sobre su piel cerosa. No me mira al hablarme. No creo que vea nada con ese ojo negro y gordo e hinchado y medio cerrado. Pero busca mis dedos y me toca con la áspera palma de su mano. Me suelta cuando me agacho y me arrodillo delante de él sobre el suelo de linóleo del hospital. Agacharse y arrodillarse llevan su tiempo y aportan un toque ceremonioso a la situación, y yo recojo mi gemido de dolor del aire donde lo he dejado flotando, recupero el jadeo dolorido y me lo meto de nuevo en la boca y me lo trago mientras me agacho. Pienso que ojalá no lo haya oído, aunque también puede haberlo confundido con uno suyo, mientras nos tapamos simultáneamente la boca con la mano. Una lágrima rara y descarriada se ha escapado del ojo que no cierra del todo y va descendiendo por su angulosa mejilla, abriéndose paso entre la sangre y/o el fango, apartándolo todo. Tiene la cara amarilla y gris y amoratada y toda brillante bajo el tubo fluorescente que tenemos encima. Y su lágrima cae sobre mis vaqueros.

La cosa es..., la cosa es..., Peach..., ese tipo dijo tu nombre. La cosa esa..., ese tipo enorme... Era como... como una máquina de matar, joder. No dijo nada más. Sólo tu nombre. Y después se puso a darle golpes. Sin parar. En la cara. Por todas partes. Green no tenía nada que hacer. Ninguna

posibilidad. Y eso que Green es duro, Peach. Pero el tipo ese... Parecía que quería hacerlo picadillo. Pero Peach, era como si te conociera. Me dice todo esto mirándome a la cara. Está buscando algo. Mis recuerdos.

Miro a Spud y después bajo la mirada con rapidez. Sus ojos (bueno, el bueno) son como disparos, y parecen volverse más grandes con cada paciente parpadeo. Pues no sé, Spud, le digo con firmeza. Miro fijamente el suelo azul hasta que se vuelve borroso, se desdibuja debido a las lágrimas que me anegan los ojos. ¿Quieres verlo?, digo, sin levantar la mirada. Veo la sombra de Spud que niega con la cabeza. Creo que está mal, Peach, y no se me dan nada bien estas cosas. Odio los hospitales. Tengo que irme. Le digo que lo entiendo. Le toco la parte de arriba de la cabeza. Para mi sorpresa, tiene la piel suave. Me deja tocarlo un instante y después se estremece. Le digo que lo llamaré si hay alguna novedad. Me dice que volverá mañana. Le doy las gracias. Gracias, Spud, le digo. Si no hubieras estado ahí... Él me interrumpe. Tendría que haber hecho más, podría haber matado al tipo ese, a esa... cosa. Tendría que haberlo convertido en papilla, joder. Está tan rabioso que todo su cuerpo robusto traquetea y se agita como un sonajero. Como una jaula. Está enjaulado. Se desmorona. Se desploma. Nos vemos mañana, susurra con lentitud, con languidez, con tristeza, y se marcha rodando.

# HOSPITALIDAD

Una sangría. Una transfusión de sangre. Te daría la mía pero yo también he perdido mucha. Me acuerdo de cuando el señor Custard nos explicó en clase los elementos que componen la sangre, intento recordar cuánto tardan en regenerarse las células sanguíneas del cuerpo humano. Cierro los ojos y veo manchas negras y rojas y blancas y pronto estoy enfocando una mancha roja, un glóbulo rojo, un hematíe, navegando por un mar rojo, surcándolo. Rodeando el charco. Sobrevolando la costa, con los brazos estirados y abiertos al máximo, tocando los lados. Transparente. Con la apariencia de una bolsa de plástico. De plástico grueso. Me mantengo con firmeza sobre la célula, sin perder velocidad. Inspiro con fuerza por última vez. Cierro los ojos y. Me zambullo. En lo grueso. Espeso. Viscoso. Suave. Como pintura, como aceite. Huele como el metal bajo la lluvia. Me zambullo, me escabullo. Con los pies por delante y metiendo tripa para parecer delgada. A través del tubo, atravesando centímetros y minutos. Me escabullo, me escaqueo y goteo. Y goteo. Y goteo. A través de la estrecha pajita de plástico que te penetra la piel. Hasta la vena. Acompaño a mi amigo hematíe hasta el final. Lo rozo agradeciéndole su colaboración y su esperanza y le digo que espero verlo pronto en el brillo de las mejillas de Green y que entonces recibirá un beso.

Cuando vuelvo de mi viaje por la transfusión, Green ya ha abierto los ojos y su voz suena más baja que una tumba, retumba de tan grave, y parece que estuviera masticando grava.

Le cojo las dos manos. Sentada en la silla que hay al lado de su cama, tengo que apartar mi bulto, desplazarlo, para poder abrazarlo. Él tiene los brazos vendados y no puede estirarlos. Tengo la barriga hinchada y dolorida, pero no me importa. Introduzco la cabeza entre sus sábanas, trato de hacerme un hueco dentro de él. Lo noto más suave y blando que de costumbre. Es como



un retoño, o un montón de hojas mojadas y ramitas tiernas. Me agarra la mano sin fuerza y siento que yo soy la que lo agarra a él. No quiero ponerme a llorar ahora. Quiero que él me vea fuerte. Acerco la cabeza a la suya. Peach, me dice, lentamente y pronunciando con dificultad. Estoy aquí, le digo yo. Es mejor que no hables. Estiro el brazo para tocar su mejilla grisácea.

Nos quedamos quietos y en silencio. Green se duerme profundamente. Eso me pone contenta y me relajo un poco. Relajo los hombros y me inclino con lentitud para ponerle la cara en el regazo, pero en cuanto apoyo la cabeza, me sobresalto al ver que alguien ha entrado a hurtadillas en la habitación. Alguien. Algo. La habitación está iluminada por una única lámpara, un único haz de luz cae sobre la cara de Green. El resto de la habitación está cubierta por sábanas de sombra. No veo nada. Escudriño la oscuridad. Una ráfaga de recuerdos me retrotrae al callejón oscuro y a su nauseabunda sombra aceitosa. No quiero pensar en él. Aferro con fuerza las manos de Green y después se las suelto. Brillan las cuchillas de la rabia y avanzan por mis venas, las desgarran, me desgarran, resplandecen rojas, rugen rojas, goteo una rabia roja que anega las sábanas blancas. No comprendo cómo ha podido entrar aquí a hurtadillas. Y entonces recuerdo su sigilo. Su astucia, su capacidad para camuflarse, su fuerza espeluznante. No tengo ningún arma. No tengo ninguna forma de defenderme. Busco en la oscuridad un aguja, una jeringa, algo, cualquier cosa. No hay nada. Sólo dispongo de miedo, rabia, asco y un novio medio muerto.

Estoy vibrando por la tensión y el cansancio. Me quedo quieta, en silencio, sola, sin solidez alguna. Y entonces veo.

Unos viejos espíritus viajan por el aire, dan vueltas en espiral, inspiran y espiran en silencio, tranquilos e introvertidos. Retraídos, con el rostro hacia el suelo. Danzan y avanzan en silencio, sin susurrar siquiera. Sus siluetas canosas se esbozan bajo las brillantes luces luctuosas del hospital. Relucen y producen un sonido vibrátil semejante al de los peces bajo el agua cuando el agua da vueltas en espiral. Introvertidos y en silencio, pero escrutando discretamente todo lo que los envuelve. Avanzan, se desplazan haciendo zigzag por toda la habitación. Me ven languidecer, lamentarme, llorar. Me tranquilizan en silencio con su presencia sutil. Ahora puedo ver sus leves movimientos bajo la luz reluciente. Cambian las sábanas usadas por sábanas nuevas, sacan las vendas viejas, colocan unas nuevas en las heridas húmedas, ponen al final de un largo tubo, donde estuvo la anterior, una nueva bolsa de suero. Todo en

silencio, hábiles, gráciles. Me froto los ojos para ver mejor pero se alejan danzando, muy ágiles, hacia la oscuridad, y entonces me doy cuenta de que estoy entumecida de estar ahí tumbada. He pasado dos días durmiéndome y despertándome ahí tumbada, sin dar ni un paso, sin decir ni una palabra, sin levantarme siquiera, hasta que entra el médico y entonces, de un modo medio automático, me pongo a asentir y a sonreír y cojo el teléfono y me pongo a marcar y le cuento a papá que le van a dar el alta a Green.

# RECUPERACIÓN

Tienes que dormir, le digo. Saco las sábanas y ayudo a Green a sentarse en la cama. Estoy bien, Peach, te lo prometo. Detecto en su voz un tono de tensión mal disimulado. Esta noche tienes que descansar, le digo. Y mañana, cuando vuelvan tus padres, vamos a hablar con la policía y vamos a... Green me hace callar apoyándome un dedo frío en los labios. Quédate conmigo esta noche, me dice. No puedo, le digo mientras le saco los pesados zapatos y le coloco sobre la cama los troncos que tiene por piernas. Le empujo el hombro con suavidad, intentando que se acueste. No se resiste, cosa que me alivia. No puedo luchar. Lo tapo hasta la barbilla. Parece una tabla, una pila de materiales de construcción tapada con un guardapolvos, una cosa torpe, expectante, preparada para empezar a trabajar en cualquier momento. Me pongo de pie y le acaricio la frente. Él se ríe entre dientes y siento cómo tiemblan las sábanas. ¿De qué te ríes?, le digo, y cuando lo miro me doy cuenta de que le he apoyado la barriga en el rostro y no puede respirar bien. Me agarro la barriga. Estoy abochornada. Me doy la vuelta y él me pone una mano en la espalda. Lo siento, Peach, no quería disgustarte. No estoy disgustada, le digo. Estoy disgustada. Estoy terriblemente avergonzada. No deja de crecer, de hincharse, de inflarse. A lo mejor deberías ir al médico, dice en voz baja. Me vuelvo hacia él y me arrodillo lentamente a su lado. Cuando ya estoy en el suelo, me doy cuenta de que no voy a poder volver a levantarme sin ayuda. Apoyo la cabeza contra un lado de la cama y me pongo a soltar silenciosas maldiciones. Él me acaricia el pelo con sus dedos delgados como ramitas. Primero tienes que ponerte bueno tú, le digo. Ya tengo bastantes motivos de preocupación. Sus dedos dejan de moverse, su mano empieza a pesarme en la cabeza. Respira profundamente y levanta un ligero viento que pone mi pelo en movimiento, haciendo que me cepille la cara, y hace que la puerta abierta

oscile ligeramente. Me quedo en el suelo, al lado de su cama, toda la noche, levemente mecida por el céfiro de su respiración. Soy una ballena varada, una boya abandonada balanceándose. Estoy cansada pero no me duermo. Tengo miedo. Me pregunto si me están observando. El hedor de Lincoln permanece en la piel de Green. Me quedo despierta y vigilo las sombras.



## **UNA BALLENA VA LLENA POR EL AGUA. AL MARGEN, EL MAR**

Intento no mojarme los pies pero no veo por dónde piso. El bañador me ciñe la barriga con firmeza, la licra negra y agotada gruñe mientras tiro de las tiras para tratar de liberarme de la opresión que siento en la cintura. No lo consigo y recibo un latigazo en el hombro cuando se me escapa la tira. Avanzo sobre los azulejos de piedra gris. Voy pisando con fuerza, lentamente, me enfango y salpico y chapoteo al pisar los pequeños charcos de agua sucia y fría. Me aferro a los azulejos con los dedos de los pies para evitar resbalarme. De las paredes llenas de taquillas llegan palabras lúgubres y tenues salpicaduras. Levanto la vista hacia el techo y sigo las tiras de luces que me conducen hasta la piscina. ¡DÚCHATE PRIMERO, PEACH!, me grita Trunk desde su torre de tumbonas. Asiento y me meto en la cuenca anegada de agua poco profunda, gris, mugrienta y estancada. La vadeo y llego al grifo que hay en la pared. Lo abro y el agua me pega un latigazo en los tobillos, me salpica las piernas, se me aferra a la piel, se forma una biopelícula, atacan las bacterias, más vale que me duche rápido antes de que arraigue la infección y me devore las piernas y no pueda apoyar mi protuberante panza en nada. Giro en redondo bajo la fría ducha química. Me hierve la piel. Cierro los ojos para que no se me quemem. Hay un fuerte olor a cloro. Inspiro profundamente y siento un ligero zumbido en la cabeza. Me giro con lentitud, disfruto del hormigueo que siento en la piel y del calor que me genera en el cuerpo. Químico. Corrosivo. Durante un momento breve y agradable soy un glorioso globo negro girando en el espacio delante del sol. Si me quedo debajo de la ducha el tiempo suficiente, se me podría quemar la piel. Se me podrían quemar la carne zaherida el daño la roña la herida. Podría ver qué hay debajo, qué es lo que

está creciendo ahí dentro. Abro los ojos y veo que Trunk está contemplando cómo giro. Sus ojos negros, pequeños y vivaces brillan bajo los haces de luces amarillas de neón. Me observa la panza y yo finjo que no la veo. Me llevo las manos a la barriga y salgo cuando la alcachofa de la ducha deja de echar agua. Me aferro la panza con firmeza para que Trunk no me vea tambalearme. Ella me grita, desde el otro lado de la piscina: ¿DÓNDE HAS ESTADO, PEACH? AYER TE ECHÉ DE MENOS. Y AHORA PARECE QUE ESTÁS GORDA.

Me fijo en mi reflejo, que deambula sobre las olas de la piscina. Trunk tiene razón. Se me pone el rostro rojo brillante, por la vergüenza y la cáustica limpieza. Ahora estoy gorda. No lo entiendo. Mejor me pongo a nadar ya. Y salto, me zambullo, trato de zambullirme, caigo de panza, me doy un barrigazo, chapoteo como una chalupa en la piscina.

El agua está fría y me resulta reconfortante. Oigo que Trunk grita algo sobre el tsunami que le he enviado al entrar en el agua y que avanza sobre los azulejos y derriba su torre de sillas. No me importa. Nado con lentitud hacia la superficie. Soy indolente. Soy lenta. El peso de mi barriga me arrastra hacia abajo pero resisto. Voy cruzando los brazos frente a mi cuerpo, aleteo estilo crol y me arrastro por el agua, la zurro, la azoto, la pulverizo. Lanzo con fuerza el agua hacia delante. Me esfuerzo. Pero no avanzo. Doy unas brazadas, me deslizo sobre la superficie con toda la potencia de mis brazos y alcanzo el borde de la piscina. Me sujeto y floto. Hay otros nadadores en la piscina. Algunos están muy concentrados, bucean muy despacio muy abajo y sueltan unas burbujas que ascienden hacia la superficie. Ahí está Hair Netty. Recorre la piscina desplazándose con su elegante estilo espalda. Tiene unas manchas marrones bastante oscuras en algunas partes del cuerpo, donde le ha salpicado la grasa de las cocinas donde ha pasado años trabajando. Ahí está curtida como un zapato viejo. Su pelo largo y oscuro se abre en abanico a su espalda, se disemina, dejando unas gotitas de aceite en el agua mientras ella se desliza grácil, unas minúsculas perlas brillantes, preciosas. Contemplarla me tranquiliza y reconforta. Da la vuelta con soltura y comienza un largo a brazas. Tiene la piel de la espalda elástica y blanca. Es como una salchicha cruda que se hubiera achicharrado por un lado. Desde que se me ocurre esa idea, soy incapaz de mirarla. Pasa a mi lado nadando bajo el agua y suelta unas pequeñas burbujas que sueltan un chirrido cuando estallan al llegar a la

superficie. Le devuelvo el saludo y con la mano le digo hola debajo de las olas.

Me giro y me pongo a nadar a braza con lentitud, tratando de encontrar el equilibrio. Noto el aceite que ha dejado Hair Netty en el agua y contemplo los trazos de arco iris que deja en la superficie. El agua es suave. Siento que me reconforta. Sigo las pequeñas esferas perladas que me salen al paso y empiezo a nadar de un modo más relajado. Le echo una mirada a Trunk al pasar. Le está gritando a alguien que está meando en la piscina de pequeños. Nado un largo, giro y sigo la senda de manchas de aceite, respiro hondo, me sumerjo y nado por debajo del agua. Me quedo rápido sin respiración, tengo una barriga muy abultada que tira de mí hacia arriba, que me vacía y estruja los pulmones. Ya no puedo aguantar la respiración tanto como antes y eso me sorprende, me ahogo y trago agua, trago agua grasienta, repugnante y grasienta, con sabor a carne. Es algo espantoso. Tengo en la lengua un gusto agrio y me anega el recuerdo, el recuerdo regresa, llega, me anega, me riega los pulmones, los detiene, me los cierra de un modo hermético, emético. Subo. Toso. Expectorar. Toso. Aire. Expectorar. Toso y toso. Estoy tosiendo. Me entra más agua y me anega la garganta, tengo unos glóbulos gruesos y grasientos en el gástrico, me resulta difícil tragar y fácil atragantarme. Él está aquí. Ésta no es la grasa noble que nace cuando se cocina constantemente. Este limo espeso y grueso que me ahoga cuando lo trago es el excremento del mal. Este fango que me entra en los pulmones me hace hundirme. No quiero ahogarme. Levanto los brazos y salpico, chapoteo, trato de mantener la cabeza hacia arriba, trato de no mirar hacia el fondo del agua donde acecha la sombra oscura y siniestra de Lincoln. Chapoteo, choco contra el borde de la piscina, me estrello contra los azulejos. Trunk me agarra la mano, me aferra el brazo y me arrastra fuera del agua. Se me raspa la tripa contra el borde de la piscina, se me raya el bañador, se me llena de rasguños la barriga. Trunk me saca rodando hasta el suelo frío de al lado de la piscina. Me da unos golpes en la espalda y me pongo a vomitar el agua fangosa que había tragado. Me pasa la mano por la boca y me presiona la espalda con firmeza. Se arrodilla y me chilla: ¡PEACH! ¡PEACH! ¡DIME ALGO! ¡DI ALGO! ¿ME OYES? Antes de que pueda contestarle, junta sus labios con los míos y me besa. Me besa. ¡Trunk! ¡Para!, le digo con los labios pegados a los suyos, que no dejan de sorber. ¡Estoy bien! ¡ESTOY BIEN! No soy capaz de moverme bajo su cuerpo pesado y espeso y cilíndrico



y enorme. Trato de liberar un brazo y le clavo un dedo. Ella deja de sorber y se aparta inmediatamente. PEACH, TE HE SALVADO CON LA RESPIRACIÓN BOCA A BOCA, brama. Se levanta y me ayuda a levantarme. ESTÁS TAN GORDA QUE TE IBAS A AHOGAR. Me rodea con su pesado brazo, me alza y me lleva a la ducha. Me mete debajo de la ducha y abre el grifo. YA ESTÁ, PEACH. NO HACE FALTA QUE ME DES LAS GRACIAS. TE HE SALVADO. NO INTENTES NADAR HASTA QUE VUELVAS A ESTAR DELGADA. Los ojos de Trunk, que parecen dos alfilerazos, se le salen del rostro fornido y se me adhieren al vientre. Se quedan ahí clavados. Ella se da la vuelta y regresa lenta y pesadamente a su torre de tumbonas, pero los ojos se le siguen saliendo, siguen lanzándose hacia mí desde su nuca. Me estremezco y me desplomo contra la fría pared de piedra.

Tirito, me tiemblan las piernas, avanzo con lentitud hacia las taquillas. Él está aquí. Me ha encontrado. Aquí. Me está siguiendo. Giro la cabeza con rapidez, suponiendo que se ha situado sigilosamente detrás de mí. Esa idea hace que la piel se me desprenda del esqueleto. No está detrás de mí, no está ahí. Me apoyo en el metal mientras avanzo hacia las taquillas. Mis dedos se desplazan sobre la fría superficie de acero, se deslizan sobre la superficie, en un deslizamiento resbaladizo, y luego aparto los dedos y los miro, miro los restos brillantes que apestan a grasa y a carne. Miro la taquilla. La que he ocupado. Es igual que todas las demás taquillas. Exactamente igual. Pero él sabía cuál era. Él ha estado aquí. Ha apretado su cuerpo apestoso contra la taquilla. Se ha frotado, se ha restregado contra ella, y ha dejado una película maloliente de gruesa grasa que chorrea por la puerta de la taquilla. Aprieto los dientes al abrir la puerta. Hay un pedazo de papel doblado encima de mi ropa doblada. Perfectamente dispuesto. Saco la toalla de la taquilla, de debajo de la ropa. Siempre me olvido de ponerla encima. El desagradable olor a salchichas crudas surge de la página manchada cuando el papel planea por el aire, desplazado por el movimiento de la toalla, y cae al suelo, se escurre, cae abierto, con la cara hacia arriba, sobre un charco mugriento. Absorbe al instante el agua y se queda pegado a los azulejos. No tengo que agacharme para poder leerlo. Hay unas letras grandes, todas recortadas de periódicos. El agua hace que se corra la tinta mientras leo cómo sangran las letras, cómo rezuman agua las palabras. *Te he visto desnuda no corras quiero tu p e l u s a te A M o.*

Los compuestos químicos del agua han hecho que las letras se despeguen de la página y ahora se alejan flotando. Me tiro la toalla sobre los hombros, cojo mi ropa y me encierro en el vestuario individual más próximo. Me seco con rapidez, apenas me seco, me seco apenas el agua, la piel se me va a agrietar a irritar. Hago un esfuerzo por vestirme velozmente. Quiero salir corriendo. Quiero irme corriendo a casa. Quiero irme con Green corriendo. No sé adónde ir y en realidad no estoy corriendo. Pero ¿qué es este peso? Me pego un golpe en la panza con fuerza mientras me voy andando como un pato. Despacio. Es imposible detenerlo. Tengo mucho mucho miedo.

# TE VI BAJO LA TENUE LUZ DE LA TRISTEZA

Hace días que no lo veo, digo. No te preocupes, me dice papá. Volverá cuando tenga hambre. Se coloca al bebé sobre el hombro y sube con rapidez las escaleras. Oigo cómo mamá se ríe en su cuarto y el sonido de la puerta al cerrarse. Los dos gritan al unísono: ¡BUENAS NOCHES, PEACH! Cierro la puerta para escapar de los estridentes ruidos sexuales que siguen.

Me tumbo en el sofá y cierro los ojos. Mis manos van directas a mi barriga y me pongo a tocármela. Qué rara. Qué rara es. Por supuesto, aferrar esa firme masa ya no me resulta tan raro. El bulto que arrastro por todas partes, aunque es repugnante, redondo, cargante y doloroso, me da la sensación de ser yo, de ser una parte de mí. Incrustada. Insertada. Pienso en células, en millones de células que se multiplican cada segundo, cada milisegundo, durante millones de segundos y me pregunto cuánto seré capaz de engordar antes de explotar. Pienso en células uniéndose, dándose la mano, formando cadenas, y en cadenas enrollándose, en cadenas enrollándose en torno a mi núcleo. Esporas produciendo esporas, reproduciéndose. Me pregunto qué hay ahí dentro. Me pregunto qué aspecto tiene. Me preguntó qué podría hacer un médico. Abrirme de un tajo, pincharme con un alfiler, dejar que me marchite, que me arrugue, que me seque, que me muera. Bajo del sofá rodando, voy hasta la ventana. Contemplo la negra noche. Debe de haber negrura en mi interior, oscura y dura. Mi forma está iluminada por una luz cálida y la veo reflejada en la ventana. Aprieto la cara con fuerza contra el vidrio frío para advertir la profundidad de la oscuridad. Estoy preocupada por Sid. No está subido en el muro, ni en el césped debajo del arbusto donde suele dormir. Miro la calle, más allá del jardín. Es difícil distinguir algo. Está tan oscuro. Veo la farola

brillando tenuemente, naranja y sucia. Donde una vez vi a Lincoln tambaleándose de una manera nauseabunda. Ahora veo su sombra sádica. Siempre la veré. Incrustada. En mi mente cuando cierro los ojos. Con la cabeza todavía apoyada contra el cristal, cierro los ojos. La luz de la farola reluce, penetra en la delgada piel de mis párpados. La luz es naranja y roja y titila, me lame y me late en los ojos, veloz como la lumbre. Me pregunto si titila porque acaba de empezar a llover. La lluvia aporrea con rabia la ventana, el cristal retumba y retiembla mientras la lluvia cae con fuerza. Abro los ojos y veo el agua que chasquea y chorrea, discurre ventana abajo, distorsionando la oscuridad.

Y en la oscuridad me doy cuenta de por qué la luz parpadea. Me anega un miedo que ya conozco bien. Tengo calor, estoy pegajosa, me pongo a sudar súbitamente. Él está aquí otra vez. Está ahí fuera. Entorno con fuerza los ojos para ver a través del vidrio empapado. Se tambalea. Se tambalea. Pero se tambalea con más ligereza. Y su tamaño es más pequeño. No sigue un ritmo amenazante, no me mira con lascivia. Es sólo un oscilar veloz entre la luz y la oscuridad, una forma menor azotada por la lluvia, agitada por el viento. El miedo se disipa. El corazón para de bombear. El corazón se detiene. Las venas se vacían. Devastada, suelto un esputo que me sube desde el fondo del vientre y brota crudo y gutural, un gemido afligido, desgarrado y roto. Desgarrada y rota. Cuando el corazón me vuelve a latir, no fluye la sangre. Estoy llena de rabia. Abro de un golpe la puerta principal. Camino con lentitud, pero de forma firme. Deambulo bajo el diluvio. ¿Dónde estarán mis zapatos? Voy bajo la lluvia y no llevo zapatos. El agua se arremolina alrededor de mis pies y me cala los calcetines. La caminata es corta pero me lleva tiempo. Me llevó tiempo. Alguien se ha llevado el tiempo y el tiempo ha concluido. El tiempo se ha detenido. La lluvia se ha detenido. El viento se ha detenido el mundo se ha detenido. No se mueve nada, pero yo estoy dando vueltas. Giro. No logro enfocar la vista, no veo nada. Me saco el pelo anegado y goteante de los ojos y alzo la cabeza con lentitud para mirar. La luz reluce, brillante, ante mis ojos, ahora más brillante, más intensa, reluce de una forma grotesca y exhibe algo horroroso. Está colgando. Lo han colgado. Cuelga de una cuerda corta y fina. Mi alarido resuena en la calma de la calle. Caigo al suelo de rodillas, el hormigón se agrieta bajo mi peso. Una rotura en las rótulas. Gimo. ¡Peach! ¡PEACH! Alguien grita mi nombre. El sonido me alcanza a la vez que la mano,

la mano que me agarra del hombro y me ayuda a incorporarme y a sentarme sobre el muro. Contemplo con los ojos nublados cómo papá vuelve corriendo a casa y trae la escalera y las tijeras y se sube a la escalera y corta la cuerda y acuna ese cuerpo pequeño y roto. Corre a casa con el cuerpo en brazos y vuelve a buscarme. Trata de llevarme a hombros, pero soy demasiado pesada. No soy capaz de moverme para ayudarlo. Me envuelve con un brazo y me arrastra al interior de la casa, me ayuda a sentarme en el sofá y me envuelve con una toalla. También lo ha envuelto en una y lo acuna junto al fuego, delante de mí. Entonces me doy cuenta de que papá sólo lleva puestos los pantalones.

¿Qué pasa, Peach? ¿Por qué chillas? Vas a despertar al bebé. Mamá chasquea la lengua, se muerde el labio. Entonces ve. A papá, acunando a Sid. Está muerto.

## **AL CONOCER AL CARNICERO**

Espero en la oscuridad. La oscuridad absoluta. Me meto a presión por una puerta, logro que mi panza entre entre dos paredes de ladrillo rojo, por un estrecho paso. Los ladrillos me empujan, me aprietan los dos lados de la panza. Si sigo haciendo presión, puede que reviente, que estalle, que me raje y rocíe toda la calle llovida con el veneno hirviente que llevo en mi interior. Podría reventar de dolor. De rabia. Y mostrar mi núcleo. Espero.

Miro hacia delante, me fijo en la farola naranja y brillante. Todavía veo el contorno de Sid balanceándose, estrangulado, tenso, empapado en su propia sangre y mirando fijamente con los globos oculares vacíos, por donde se deslizan unos gusanos gordos que han establecido allí su hogar. Logro tragar el vómito que me sube por el esófago, me lo trago y lo hago regresar a mi estómago mugriento. Allí lo caliente, lo siento rodar, lo hago rotar y rotar para que avive mi ferocidad.

Siento la madera húmeda a mi espalda, se me moja el jersey con unas gotas diminutas. Podría ser lluvia, podría ser pis. Apesta. Pero permito que me anegue. Estoy sucia. Estoy decidida. Agarro el cuchillo y me lo guardo cerca del pecho. Quiero metérmelo debajo de la ropa para sentir cerca el acero, rozarlo, palparlo con la piel, rastrillarme el vello que me crece en la carne con la hoja, notar el borde afilado, podría hacer que se deslizara con delicadeza hacia el interior de mi cuerpo, que se hospedara en algún hueso. El borde afilado. El borde. Estoy al borde, estoy junto al borde, de pie al borde del abismo y dispongo, ante mí, de la posibilidad de precipitarme hacia el olvido.

Aferro con fuerza el mango del cuchillo. Lo tengo en la mano. Tengo secas las palmas. Es como debe ser. Espero a que aparezca su sombra bajo la brillante luz naranja.

# UN CURSILLO SOBRE EL USO DEL CUCHILLO

Lo huelo antes de verlo. El hedor a carne de cerdo podrida se expande por el aire estancado y húmedo del callejón. El aire está denso, cargado de glóbulos de grasa. Veo su cuerpo hinchado deslizándose sobre la acera. Su cuerpo es firme y abultado, está erecto y rueda hacia mí. Veo que el tajo de su cara se abre completamente cuando me ve, un tajo negro abriéndose completamente, y en su interior un cartílago de cerdo rosa y ennegrecido comienza a erizarse.

Me quedo quieta. Firme. Rígida. Esperando. Se desliza hacia mí. Se acerca rodando hasta que está justo frente a mí, se yergue y se detiene delante de mí, medio metro más alto. Mis ojos están a la altura de su pecho, donde tendría que tener el esternón, pero en su lugar hay unos grandes trozos de cartílago y carne que presionan con fuerza contra una piel finísima, reluciente, translúcida.

Su cuerpo enorme e hinchado ocupa toda la puerta. Tapa toda la luz. Su gordura toca mi barriga, me contengo, la dureza me aprieta el espinazo. Todo va bien. Esto no me va a llevar mucho.

Con la boca abierta, vomita toda su lujuria sobre mí. Yo inspiro, me la meto hasta lo más profundo de mis pulmones. Para avivar mi lucha. Se aviva mi lucha. Se aviva mi rabia. Arde. Joder. Luchar. Acuchillar. Luchar. Acuchillar. Hallar. Hallar el rostro odioso. El cuchillo se mueve con rapidez, chispazos de plata y cromo, se incrusta en el tajo de su boca y la raja. Él cae de espaldas, conmocionado. Grita, se agita y se precipita sobre el suelo de hormigón. Yo atravieso la puerta y vuelo. Me siento a horcajadas sobre su cuerpo resbaladizo y tembloroso. Su cuerpo es húmedo, vibrante, húmedo, vibrante, escurridizo como un pez, pero mi peso es firme y logro mantenerlo

boca abajo contra el suelo. El cuchillo penetra en su carne fruncida. La perfora. La pincha. La hoja entra hasta muy adentro. Él se retuerce. Chilla. Grita. Te quiero, grita. Te quiero, grita. Yo lloro. Acuchillo. Lloro. Acuchillo. Ahí te quedas, Lincoln. Junto al bordillo, el cuchillo te escucha, concluye la lucha, se desliza sin prisa entre tu grasa resbaladiza y todo finaliza. Mis muslos resbalan, se deslizan sobre su piel llena de manchas, lubricada por la grasa que rezuman los cortes. La grasa salpica. Él sufre espasmos debajo de mí, siento sus convulsiones, siento cómo se le arruga el envoltorio. Su grito final revolotea violentamente, es una ráfaga nefasta. Dejo caer el cuchillo, que resuena contra el suelo soltando un suspiro metálico. Me levanto y contemplo su cuerpo, que se arruga con rapidez. Estoy en calma.



## EMBALO EL REGALO

La luna se ha unido a la luz de la farola. Naranja, blanca, plateada, dorada, brillante. Un resplandor esplendoroso sobre la obscena escena. El crepúsculo. El brillo se escabulle con un brío incandescente. La vida se agarra a la piel arrugada. Me quedo observando hasta que se seca del todo. La muerte serpentea en torno a las heridas, asciende desde las marcas de los cortes, desde muy abajo, desde las profundidades de los tajos.

Arrodillada, superviso la destrucción. Lo exangüe, lo exánime, lo execrable. Te quiero. Te quiero, me dijo. Me dijo te quiero. Te quiero. Me falla. Me falla. El entendimiento. Tengo el cuerpo flácido. Me acuesto al lado de él. Calle mojada. Rezuma la grasa. Me doy la vuelta, ruedo y huelo su piel. Es fina como el papel. Muy fina. Con un matiz azul. Transparente. Veo a través de su piel. Trozos de lípidos blancos. Carne picada. Cartílago. Corteza. Pedazos. Reunidos. Podridos. Cartílagos retorcidos. Toco con tímidos dedos. Suave. Deslizo un dedo hacia la curva de su cintura, avanza con facilidad, lubricado por los zumos que rezuma su cuerpo. Aprieto la caja, la resbaladiza carcasa, y noto cómo las proteicas protuberancias protestan por debajo. Está frío, pero no frío por estar muerto, sino frío como recién sacado de la nevera. No es lo que recuerdo de aquella noche. Frío, suave, inmóvil. Huelo. Tengo la nariz cerrada. El hedor de la carne cruda es sobrecogedor. Rancio húmedo. Traicionero.

Me aparto rodando de ese pedazo de carne flácida que se está volviendo gris. Gris como las nubes que tapan la luna. Saco del bolsillo un rollo de bolsas de basura y me pongo a desenrollarlo. Restallan las líneas perforadas cuando las separo. Se deslizan mis dedos sobre el plástico, engrasado, resbaladizo, con facilidad separo las partes de plástico, abro una de las bolsas y la coloco a mi lado. Deseo descuartizarlo. Amputar y amontonar. Trincharlo.

Reducirlo a rodajas perfectas. Tranquilamente. El cuchillo es espléndido. Raja la caja sin esfuerzo y atraviesa los coágulos de grasa y carne. Meto las rodajas en la bolsa con rapidez. El olor es irreal. Saco con fuerza el aire por la nariz y trago, pero se filtra igual. Tóxico. Ato cada bolsa haciendo un nudo bien fuerte. Ocupa seis. Cargo cuatro, me las echo al hombro. Arrastro dos.

Voy arrastrándome. Mi cuerpo se comba bajo el peso. Un peso muerto. Un cuerpo grueso. El corazón la cabeza los brazos las piernas se arrastran, lentamente, me asombra cómo me arrastro. Sollozo. Lloro, suelto unas lágrimas gruesas, pesadas, mientras me estremezco. Tiemblo me desplomo por culpa de la frustración. Estoy hundida sometida subordinada.

Me arrastro. Lentamente. En mi frente se mezclan el sudor y la grasa, no la penetran, no puedo limpiármela ni refrescarme, se deslizan por mi frente, se me meten en los ojos, se mezclan con las lágrimas. Pensaba que iba a sentir. Pensaba que iba a sentirme mejor. Pensaba que iba a sentirme más ligera. Menos peso. No esta muerte, no este peso muerto. Piernas de plomo, la cabeza colgando. Esta masa burda y robusta que se me ha atascado en la barriga debería subir, debería salir. Pero esta masa abyecta me infecta. Un tumor tenso. Pienso que ojalá no se extienda. Pero me afecta el temor que el tumor inyecta. El miedo permanece dentro. Pensaba que la muerte lo expulsaría. Permanecen las sombras, cubren toda mi mente. Dejo en el suelo las bolsas para limpiarme los ojos. Me froto la frente con el dorso de la mano para sacarme la grasa y me huelo la mano. Es un hedor apestoso y yo inspiro. Permanece la rabia, la rabia, la rabia que podría alimentarme. Me va a alimentar. Me voy a comer el miedo, al agresor repugnante. Me va a alimentar. No ha engendrado nada en mí, no ha generado nada. El miedo es generoso y me va a alimentar. Después lo cagaré y me sentiré mejor.

## NO TE CORTES

¿Qué es todo esto, Peach? Mamá examina las bolsas que he dejado amontonadas en el suelo de la cocina, escudriña el puñado de bolsas. Está preparando unas tazas de té. ¿Dónde has estado? ¿Cómo te has ensuciado tanto? Tienes que darte una ducha. Levanta una de las bolsas y la coloca sobre la mesa de la cocina y rasga el plástico negro y la abre. Baja la cabeza y la mete en la bolsa. ¡Hala! ¿De dónde has sacado todo esto, Peach? ¡Qué olorcillo tiene! Inspira profundamente. Surgen sus ojos de la oscuridad de la bolsa, del pozo de carne cruda, muy abiertos, nublados por el deseo. Qué buena pinta. Tiene la boca abierta y se relame. Yo me tapo la boca con la mano. No puedo mirarla. Apoyo la cabeza en la mesa. Estoy agotada. Estoy inmunda. Soy inmunda. Sí sí, esto es estupendo. Saca un cuchillo gigante de un cajón y también un rollo de film transparente. Qué fresca está. ¡Vaya sorpresa! ¡Papá! Ven a ver esto. ¡Mira! Papá entra a toda prisa por la puerta de la cocina con el bebé sobre el hombro. Gira con rapidez. El azúcar brota del trasero del bebé, que espolvorea la habitación y la cubre de una película blanca y dulce. El azúcar que cae sobre las horribles bolsas de plástico suenan como Sandy cuando se mueve en su asiento. Un pulcro y puro espolvoreo de azúcar no basta para tapar el caos de carne cercenada. No basta para tapar mi rabia. Dame esa luz dulce y blanca. Se lo saco a papá y lo abrazo con fuerza. Le lamo la minúscula mejilla para consolarme y él se ríe y se agita entre mis brazos. Resopla contra mi piel, respira y resuella. No quiero que lo contamine la inmundicia. Lo sujeto alejándolo de mí, pero no lo suelto. Su dulzura me salva.

Papá tiene una mano sobre el trasero de mamá y un brazo metido hasta el codo en una de las bolsas. Tiene los labios húmedos y unas gotitas de saliva en las comisuras. Qué maravilla, Peach. ¡Cuánta carne! ¡Y tú no comes carne!

¡Qué bien! Mañana podemos hacer una barbacoa. La carne sabe mucho mejor cuando está fresca. Le da un cachete juguetón a mamá en el trasero. Ella suelta una risita alegre. ¡Sí, una barbacoa!, dice mamá. Desenrolla el rollo de película transparente sobre la mesa, lo extiende y lo alisa. Saca un trozo de carne de la bolsa y lo estruja con energía. Saca la lengua de la boca al concentrarse. Coloca la carne en montoncitos. Diminutos montoncitos de Lincoln. Diminutos montoncitos marchitos. Envuelve con firmeza la carne con la película transparente y la película la transforma, la vuelve reluciente, y la carne apretada presiona contra la membrana. Mamá retuerce los extremos del envoltorio de plástico y la levanta con orgullo. Parecen salchichas, dice papá. ¡Esto a la parrilla va a estar delicioso!

El bebé está hipnotizado viendo el procesamiento de carne de mamá. La procesión de carne. Los trozos ruedan en fila, desfilan sobre la mesa, muy tensos, atados muy tirantes, terribles. Ella procesa deprisa la carne grasienta, enrolla las brillantes lonchas sanguinolentas. Se saca el pelo de la cara y veo que tiene grasa en la frente. La miro. Qué banquete, qué banquete, murmura mientras envuelve los pequeños soldados, que parecen salchichas. Reconstruir el horror. Multiplicar el monstruo. He matado. He matado al monstruo que me acosaba, rebotante de violencia. Una vida asquerosa. Se la quité. Le quité la vida. Acabé con su vida. Acabé con él. Lo eliminé. El mal, el mal. Lo erradiqué. Y aquí está mamá reanimando al pobre miserable con gran vigor. Tengo ganas de reírme. Debería llorar. El horror, el horror. Se acabó. ¿Se acabó? El bebé ha agarrado una salchicha con su mano regordeta y la aprieta con fuerza. Se la saco y se pone a llorar. Déjalo jugar, Peach, me dice papá. Me lo coloco sobre el hombro para calmarlo pero él sigue berreando, quiere agarrar una salchicha y se retuerce para acercarse a la mesa. Ponlo aquí, Peach, me dice papá, apilando las salchichas en un alto montón. La superficie de la mesa reluce, grasienta y resbaladiza. No puedo contaminar al bebé, acomodarlo en medio de ese veneno. Aunque, ¿qué daño le puede hacer ahora? Ahora todo eso sólo es carne podrida, unas salchichas inmundas. Papá para de apilar los pedazos de carne y me mira fijamente hasta que siento al bebé sobre la mesa. Vete a ducharte, Peach. Te voy a hacer un té, me dice.

# FUEGO APAGADO

Después de ducharme me quedo sentada, empapada, envuelta en la toalla. Tirito. Me siento débil. Estoy agotada. Turbación. Rabia. Horror. Tristeza. Valor. ¿Venganza? Agotamiento absoluto. Rabia absoluta. La abundante adrenalina se atenúa. Se disipa. Déjame. Me deja exhausta. Tengo mucha sed. Voy al baño y abro el grifo del agua fría. Meto la cabeza debajo del grifo y trago trago trago. El agua está fresca y rueda por mi garganta con rapidez. Me hace sentir limpia. ¿Y ahora? ¿Qué siento? ¿Qué he hecho?

Me meto en la cama y doy vueltas entre las sábanas frías. Ruedo. Siento un cosquilleo en la piel. Mi bulto mi protuberancia hace que me resulte más difícil dar vueltas. ¿Está más suave? ¿Está hueco? ¿Se reducirá pronto? Quiero llamar a Green y decirle que ya estoy bien. Decirle que todo va a ir bien.

Siento alivio.

Antes de que el sueño repte sobre mí y me apriete despacio los párpados con sus yemas suaves y cálidas, me quedo un rato con la mirada fija en la oscuridad y pienso en las formas y las sombras que él adoptaba y proyectaba cuando atacaba y ahora ya no tengo miedo y no me arrepiento.

# UNA EXPLOSIÓN Y LA ONDA EXPANSIVA DEFINITIVA

Me peino con cuidado, me aliso el pelo y separo los mechones enredados. Me rizo las pestañas. Me pellizco las mejillas. Me pongo maquillaje. Me maquillo la cara para sonreír y manifestar que estoy bien y que voy a estar muy bien. Me aliso la camisa con la mano. Mi panza se asoma, protuberante, y presiona los botones. No tengo otra cosa que ponerme. Supongo que nadie va a mirarme. Supongo que no tengo tan mal aspecto. Sonrío ante el espejo, tengo los dientes limpios, los labios pintados me proporcionan una pinta ridícula. Mamá estará contenta. Por la ventana abierta, la suave brisa de primavera trae el sonido de música y voces.

La sonrisa de Green es grande y ocupa todo el espejo a lo ancho. Está de pie junto a la puerta con la cabeza inclinada hacia delante. Estás preciosa, Peach. Le hago una mueca en el espejo y me doy la vuelta sonriendo. Me acerco a él y lo abrazo con fuerza pero mi barriga se interpone, no puedo aproximarme lo bastante como para apoyar la cabeza en su pecho. Él me levanta la barbilla para besarme. Su boca es suave como el musgo y muy húmeda. Rozo con delicadeza el moratón negro que tiene en la mejilla. Negro bajo esta luz, azul bajo esa otra. Se está curando, me dice en un susurro. Sus delgados dedos me acarician la espalda, el cuerpo, y se apoyan en lo alto de mi panza. Mañana voy a ir al médico, le digo. Muy bien, me dice Green. Estoy seguro de que te van a poder ayudar. Eso espero, le digo. ¡Trunk estuvo a punto de caerse de su torre cuando me vio! No le hagas ni caso, dice él; sólo quiere que te metas en su equipo, dice, sonriendo. Ha venido todo el mundo, Peach. ¿Hueles eso? Por la ventana entran el humo y el olor a carne asada. Ahí fuera papá está cocinando como un demonio. ¿Qué vas a comer, Peach? Sonrío

ampliamente y le digo: Hoy voy a probar una cosa nueva. Últimamente me río con mucha facilidad. Es algo nuevo en mí. Green sonrío y me besa en la cabeza. Pues vamos, me dice. ¡A pasarlo bien!

Ha venido todo el mundo. Hay un montón de amigos en el patio y en la pequeña zona de césped del jardín. Papá está de pie junto a la barbacoa. A su lado hay una alta pila de salchichas que asciende hasta sus hombros desde un plato situado en el suelo. Él las va sacando una a una, con cuidado para no tirar la torre. Mamá está a su lado, cortando los panecillos para hacer perritos calientes, metiendo el dedo en cada raja para abrirlos, metiéndole la lengua a papá en la oreja entre corte y corte. Sandy sujeta al bebé contra su voluntad, se rocían mutua e involuntariamente con arena y azúcar. Sandy me divisa y sonrío, divisa a Green y se tropieza con un montículo que hay en el suelo. Entonces Sandy se desmenuza y el bebé sale disparado de entre sus brazos y se desliza por la duna que forma el cuerpo de Sandy ahora, y aterriza y empieza a reírse con fuerza. Recojo al bebé y lo sujeto en el aire, muy alto, lo agito con delicadeza y le saco la arena del trasero. Se ríe y me gorjea junto al hombro cuando me lo acerco al pecho. Sus pequeños pies se apoyan sobre mi barriga como si fuera una balda. Green ayuda a ponerse en pie a Sandy, que ya está recuperando su forma original y se frota las manos para sacudirse el azúcar. Lo siento mucho, Peach, me dice, avergonzado. ¡Ese renacuajo no deja de agitarse! No te preocupes, Sandy, le digo, es un tipo duro. Te agradezco que lo cogieras. No debe acercarse demasiado a la barbacoa, ya se ha derretido un par de veces, a mamá le preocupa que se estire y sea demasiado alto, le digo, haciéndole una mueca a papá que le está pasando a mamá una salchicha ya hecha en la boca. Los tres nos quedamos mirándolo fijamente. Green le tapa los ojos al bebé. Bueno, ¿qué se celebra? Y ¿de dónde habéis sacado tanta carne? ¿Habéis asaltado una fábrica de salchichas?, pregunta Sandy, perplejo, pero sin dejar de mirar las lenguas de mamá y papá, que se entrelazan en el aire. No he pensado cómo justificar esto. Cierro los ojos y levanto el rostro para que me dé bien el sol. Supongo que no se celebra nada en especial, digo, encogiéndome de hombros con la esperanza de parecer despreocupada. Hace un día muy bonito y nos apeteció compartirlo con buena gente. Sonrío y beso la cabeza caliente y blandita del bebé, que se calienta al sol. Green me abraza, me da un beso en la parte superior de la cabeza. Y por primera vez desde aquella noche atroz me siento bien. Bien. Y si este bulto no se me quita nunca,

si resulta que tengo que ir rodando el resto de mi vida, me sentiré orgullosa de cómo he luchado. De la lucha. De la violencia veloz que vino y se fue y me estremeció durante un instante. Me estremeció, pero no me estropeó. Sandy está diciendo algo pero yo estoy distraída en mi alegría. Sandy gesticula y deambula sobre el césped, se dirige al señor Custard, que ha encontrado una silla de plástico plegable que puede contenerlo. Bajo la luz de sol se lo ve radiante, brillante, reluciente. Parece estar solidificando con rapidez. Me mira por encima de sus gafas de sol y me saluda con la mano. Mira a derecha e izquierda, simula recelo, vuelve a mirarme, se encoge de hombros y me dedica una gran sonrisa. Apunta a la barbacoa con un dedo amorfo y me guiña un ojo. Se coloca las gafas encima de la cabeza con rapidez cuando se le acerca Sandy. ¿De qué iba todo eso?, me pregunta Green. No lo sé, le digo. Pero sí que lo sé. Claro que lo sé. Él está al tanto. ¿Y, ay, quién más? ¿Es muy evidente? El bebé se agita entre mis brazos temblorosos. ¿Qué te pasa?, me pregunta Green, preocupado. Ven, me dice, señalando el banco que hay en el patio. Vamos a sentarnos. A ver, déjame al bebé un rato. Arroja al bebé muy alto, hasta el cielo, y lo coge cuando cae de nuevo y lo sienta sobre la rama de sus hombros. Yo me siento en el banco y me pongo la mano en la frente. Estoy bien, le digo, de verdad. Sólo un poco débil. Creo que necesito comer algo. Yo me encargo de eso, grita papá desde la barbacoa. Termina de llenar el plato de Hair Netty de salchichas y trozos de carne de formas muy extrañas y mete una salchicha enorme en un panecillo cortado. Unta la salchicha con mostaza y se la pasa a Green, que ha estirado la mano. Toma, grita. ¡Fresca y jugosa! ¡Ya verás, Peach, te va a encantar! Mamá se da la vuelta para mirarme mientras Green me pasa el plato. Se hace el silencio súbitamente. Cesan todas las voces. Alguien apaga una música de la que yo no era consciente. Hasta ahora. El silencio. Silencio. La primavera ha cesado. Un silencio doloroso. Recorro el jardín con la mirada. Todos los asistentes, serios y desconcertados, me miran fijamente. Mamá y papá están perplejos, estupefactos, con los ojos como platos. Spud y Trunk se dan la vuelta. Están boquiabiertos, echando un pulso. El señor Custard se ha colocado las gafas encima de la frente, donde se van hundiendo con lentitud, y sus ojillos están fijos en mí (hasta que, como un líquido espeso y pegajoso, se le salen de las órbitas y comienzan a resbalar por su rostro). No veo qué cara está poniendo Hair Netty porque me la tapa su pelambarrera grasienta, pero veo que mira hacia mí. El bebé, evidentemente, está chupando las ramitas de Green. Green me está mirando atentamente.



Asiente con la cabeza con delicadeza, tiene los ojos brillantes de puro placer y una amplia sonrisa, gesticula, articula con la boca unas palabras sin sonido, deseoso de que yo dé un gran MORDISCO.

Cierro los ojos. Abro mucho la boca. Recorro al recuerdo de aquella noche para mentalizarme, para darme valor. La boca empapada, anegada con esa cosa untuosa, viscosa y viciosa. Una atrocidad. Chamuscada y escalofriante. Intensa. Y después. Suave. ¿Qué es esto? No noto la textura dura y nauseabunda de la carne cruda, la empalagosa plasticidad de los tendones y las membranas. No noto atragantármeme el grueso cartílago. No noto los repugnantes coágulos de grasa. No noto el regusto ácido de la carne cruda podrida. Mastico con lentitud, paladeo el sabor, la textura, la carne caliente derritiéndose, sazónada con un suave toque de pimienta y tal vez salvia. ¿Así era el sabor de la salvia? Trago. Abro los ojos. Sonrisas. Entusiasmo. Alborozo. Aplausos. Mamá suelta una lagrimita de alegría que se desliza por su mejilla. ¡Sabíamos que podías hacerlo, Peach!, grita papá, orgulloso. Sonrío. Estoy abrumada. Green se inclina y me da un beso en la frente, me limpia delicadamente la comisura de la boca con el pulgar. Mostaza, me dice. Noto que el rostro se me pone rojo y rosa.

Vuelve a sonar la música y alguien sube mucho el volumen. Todo el mundo se reúne en torno a la barbacoa. Los platos están henchidos de salchichas, grandes cantidades de carne, panecillos. Spud corta unas rebanadas para acompañar a las patatas fritas. Invitados saciados. Eructando. Relamiéndose. Tragando sin masticar. Los observo devorar a mi demonio y me uno a ellos. Y las bebidas fluyen. Comiendo. Bailando. Riéndose. Brilla el sol. Hasta que se pone el sol. Mamá vomita junto al seto. Trunk y Spud ruedan sobre una manta que han extendido en el césped. Papá permite al bebé dar unos lametazos a la espuma de su cerveza. El señor Custard está encastillado en la sombra, sigue llevando las gafas de sol y entona salomas marineras con Sandy mientras Hair Netty grazna al compás.

Me poso sobre el tronco que es el regazo de Green. Mi rostro ha anidado en su cuello, junto a las ascuas brillantes de la barbacoa que se apaga. Green destroza un trozo de carbón constriñéndolo con el meñique, atiza un pequeño fuego. ¿Por qué lo hiciste?, me pregunta con voz queda. Me quedo un tanto aturrida, me perturba su pregunta. No tenía alternativa, le digo sucintamente. No puedo, no quiero mentirle a Green. Él ya lo sabe, debo ser sincera. ¿A qué

te refieres, Peach? Claro que tenías alternativa. Si no querías comer carne, no tenías por qué hacerlo, me dice con seriedad. Ya sé que te resulta difícil lidiar con tu madre y tu padre, que siempre te están cuestionando por ser vegetariana. Ah, le digo, volviendo a esconder mi secreto mortífero, guardándolo en el armario trasero de mi mente. Te ha gustado, ¿verdad?, me dice, y me da un pequeño pellizco en la gran barriga llena de carne que me cuelga. Luego sonrío. Le doy un beso. No sabía tan mal como me imaginaba. Suelto un suspiro. Entre sus brazos estoy satisfecha. Tengo la sensación de que el trauma y la tensión de los últimos días se desprenden como una costra al secarse.

## **UNA IDEA IDÓNEA**

Anegada por el sudor, no puedo dormir. No he dormido. Llevo toda la noche sufriendo escalofríos, sintiendo cómo recorren la piel de mi panza cada vez más inflada. Ahora está blanda y mullida. Tal vez a punto de comenzar a decrecer. Quiero ir a nadar antes de ir al médico. Darme una ducha y quedarme limpia de culpa, de sangre, de todo lo que se me ha quedado adherido.

## EL ALMA AL FIN EN CALMA

Espesa pringosa. La sangre anega el agua, le cambia el color, la cubre de cobre. La acaricio con los dedos como si fuera un pelo de lo más sedoso. Piso el suelo con fuerza una vez y otra vez. Me meto la mano entre las piernas hasta que hallo el hilo final. Vuelvo a pisar con fuerza. A tientas busco con dedos torpes la fina fibra, palpando detrás del jugo pegajoso que gotea hacia fuera y hacia dentro. Sin dejar de pisar el suelo, muerta de miedo, tiro del hilo. Grito aúllo, turbo la paz de la piscina. Mis chillidos se lanzan a través del agua, se alzan sobre el agua, rebotan en las paredes y derraman el sonido del dolor. Mis aullidos catárticos se zambullen en el agua, produciendo unas olas que me pasan por encima de la cabeza y me hacen hundirme. Doy vueltas en el agua giro mientras tiro del hilo suelto los puntos la carne cosida se despliega. Rodando, rotando, supero el sufrimiento. Me descoso pronto. Los productos químicos del agua me purifican el corte el coño. Prueba superada.

Mis ojos tardan un tiempo en acostumbrarse a esa luz líquida. Mis brazos se elevan, libres, por encima de mi cabeza. Alzo los ojos para contemplar cómo se aleja flotando el hilo. Intento alcanzarlo pero se lo lleva una ola. Y cuando intento alcanzar la ola, me desgarró y decido rajarme.

Un desgarrón me rajo un tajo un desgarrón maduro crudo. Escupo por el tajo que tengo ahí abajo, entre las piernas. El tajo el corte que no se ha curado. La carne mojada se desgarró, se descarna. El vello anaranjado y la carne anaranjada flotan enfrente de mí, delante de mis ojos. Estoy perpleja estoy sobrecogida estoy acongojada estoy jodida. El agua susurra suspira se sostiene gira suma su sonido me presiona los tímpanos. El silencio succiona lo que me queda de piel. Me apresuro a apartarme de la presión que me oprime el pecho. Empujo con mis pobres miembros contra la impenetrable pared de agua para percibir el tajo que tengo entre las piernas. Una grieta, un corte enorme.

Cuando me meto los dedos, noto las aristas de una esquirla dura. La recorro con los dedos. Hay grietas, hay fisuras, pliegues rugosos que penetran en lo profundo y ahí se hunden. La esquirla es una piedra que se ha cobijado en mi interior. Se ha encastillado. Una semilla ajustada en la oquedad de mi barriga. Está muy comprimida, apretada contra los bordes, donde se ha desprendido la carne. La carne empapada y fresca. Mi carne. Mi piedra. Mi semilla.

Sangro. El agua turbia y marrón se tiñe de un rojo vibrante. Intenso. El sabor espantoso del metal y la carne se mezcla con el sabor repulsivo de la fruta podrida, se abre paso a través de mis dientes apretados, me anega la lengua, me anega la garganta. Mis pulmones se estremecen, se agitan, palpitan, crepitan, dejan de crepitar, dejan de funcionar, anegados de agua inmunda. Trato de propulsarme con mis débiles brazos, me impulsa la repulsión pero el agua anega mi piel esponjosa y mullida, me llena, me inunda. Me hundo. Empujo, empujo, y la presión me empuja hacia abajo. Empujo y empujo pero mi piel parece cartón húmedo y arrugado, mis brazos son unos rollos muy gruesos de tela empapada, se doblan, se me desprenden de las cuencas de los hombros. Me desgarro con lentitud. Mis dedos blandos y adiposos dicen adiós mientras se disuelven se desintegran en moléculas minúsculas que se derriten.

Me germinan unas cintas rojizas en los omóplatos, unas delgadas alas, que se retuercen y se me enroscan en el torso, semejantes a un sudario hecho de sábanas rojas y raídas. Cierro los ojos para protegerme del firme flujo rojo, fuerte y feroz, vigoroso y violento. Ojos negros y ciegos.

En la oscuridad, pienso en la merma de mis miembros. No voy a tocar no voy a sentir. Adiós, Green. No puedo mover la mano para despedirme. No puedo mecer al bebé. Bebé, si estas alas me sirvieran para volar, volaría hacia ti. Pero no. Son demasiado débiles. Gotean. La sangre ha volado de ellas, se han vaciado de sangre.

Líquido afuera, líquido adentro, de nuevo pegajoso, de nuevo un jugo espeso que sabe a azúcar y a almíbar, que sabe a fruta podrida. La semilla mala la fruta mala blanda agria como un animal atropellado buscando amparo la pelusa el pelaje, me agito buscando aire, procurando respirar.

Contra el negro de mis párpados no veo nada más que sombras que nadando se acercan a mí, se alejan de mí. La raja roja viaja, se propaga por mi barriga. Noto cómo cae la carne. Caigo con ella. Noto la erosión de mis piernas.

De pronto me noto arrebatada por el terror. No puedo llorar, se me está derritiendo el rostro. Se me abren los labios, no logro abrir los ojos. Lo bueno es que no puedo ver el fondo. Qué he aprendido a quién he herido acaso esto es todo. Nada más que carne. Acaso todo esto se reduce a un intenso deseo de comer carne fresca. Una absurda pesca de carne. No soy más que una piedra sólida, sola, hundiéndose, cómo puedo seguir pensando si ya no me queda cara. Qué encontrarán en el fondo, sabrán que estuve aquí porque te he grabado en mi corazón y creo que esta pesada piedra, esta roca, este escollo, esta semilla seguirá teniendo tu forma en su interior, indaga en sus grietas, registra sus rajaduras, físga en sus fisuras y lo verás. No puedo no puedo no quiero quedarme en el agua estancada y sucia de este estanque, en este pozo repugnante, esto es todo, no puedo no quiero quedarme, no puedo resistir no puedo resistir siento que estoy cerca siento un rasguño un arañazo la piedra contra los azulejos de cerámica la piedra la piedra la piedra contra la piedra, no puedo quedarme no quiero resistir no puedo resistir. No puedo quedarme. No puedo resistir en silencio y sola.

La semilla no resiste, no se sostiene y cae al hoyo. El hueso no resiste, no se sostiene y cae al hoyo. Al hoyo. La semilla. El hueso.



## AGRADECIMIENTOS

Les doy las gracias a Todd McEwan y a Lucy Ellmann por sus inestimables consejos, su paciencia y su entusiasmo. Gracias también a Alexandra, Angélique y Maddy, de Bloomsbury, por creer en *Peach* y por animarme a mantener la libertad creativa. Me gustaría agradecerles a mi madre, Christine, a mi padre, Robert, y a mi hermana, Kate, su cariño y su apoyo. También quiero darle las gracias a mi grupo de escritura, los Woolpackers, por motivarme para que siguiera escribiendo *Peach* y por apoyarme a lo largo del intenso proceso que supone terminar una obra comenzada tanto tiempo atrás. Me fascinan vuestro talento y vuestra dedicación. En particular, quisiera darles las gracias a Tim por su confianza, a Anna por su insistencia y a Harry por su perspicacia. Gracias también a Tom, un Green de la vida real. Quisiera mencionar la influencia y la brillantez de Gertrude Stein, James Joyce, Dylan Thomas, Kate Bush y Justin Vernon. La belleza de vuestras palabras me deja perpleja.